



SERVICIO SECRETO

LA LARGA Y TRAGICA NOCHE

FRANK
MCFAIR



SS **SERVICIO SECRETO**



FRANK McFAIR

LA LARGA Y TRAGICA NOCHE

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º **952**

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 31.817 -1968

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre 1968

© FRANK MCFAIR - 1968
sobre la parte literaria

© DESILO - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.076 — Con un demonio dentro.

En Colección PUNTO ROJO:

314 — Vengo a buscar tu cadáver.

En Colección SERVICIO SECRETO:

931 — ¿Allo? FBI al habla.

En Colección BRAVO OESTE:

391 — Matapecados.

En Colección KANSAS:

538 — El gran cerco del odio.

En Colección CALIFORNIA:

596 — Un «Colt» del 45.

En Colección ASES DEL OESTE:

469 — El domador de caballos.

En Colección BUFALO:

767 — Cabalga más despacio, muerte.

En Colección COLORADO:

567 — En busca de Billy Carver.

CAPITULO PRIMERO

Elmer Moss levantó la mirada de los papeles que había estado leyendo. Se había repetido el ruidito que llamara su atención momentos antes.

«Hay alguien junto al seto del jardín», pensó, sin darle importancia. Y prosiguió su lectura.

Estaba sentado ante su mesa de despacho de espaldas a la ventana. Una ráfaga de aire entró por ella y a lo lejos se oyó retumbar el trueno sordamente.

Moss suspiró de nuevo, pensando que tendría que levantarse a cerrar la ventana. Eso supondría encerrarse en la habitación en la calurosa noche de setiembre, pero si no lo hacía así y después comenzaba a llover...

Se puso en pie, apartando los papeles con una mano, y en ese momento se dio cuenta de que no estaba solo.

Al otro lado de la ventana que se abría sobre el pequeño jardín, había un hombre. Distinguía vagamente la silueta. La mano adelantada del hombre empuñaba un revólver.

Mano y arma sí estaban dentro del cuarto.

—No grite —dijo el hombre—. No grite o le pego un tiro.

—No pensaba gritar —respondió Moss tratando de divisar sus facciones—. Pensaba en qué diablos querría usted. Si se trata de dinero...

—¿Es usted Moss?

—Lo soy. ¿Le sirve eso de algo?

Y para su sorpresa, el hombre dijo:

—Quisiera pasar, si no le importa. Este... —la cabeza se inclinó hacia el arma—, este chisme es completamente inútil. No tengo ni una sola bala para él.

Moss tenía cincuenta años y había visto mucho durante ellos.

—¿Quiere entrar por aquí o hacerlo por la puerta?

El hombre saltó por la ventana. Efectuó esta operación con cierto trabajo. Cuando estuvo dentro del cuarto, se volvió y miró a la calle. Moss se fijó entonces en sus ropas. Estaban arrugadas, como si las hubiera llevado mucho tiempo puestas, aunque eran de buena calidad.

Pero lo que más llamó su atención fue una mancha oscura en el delantero izquierdo de la chaqueta.

—Está usted herido, ¿verdad? —pregunto—. Eso es sangre.

El hombre se volvió hacia él. A la luz del flexo, Moss vio sus rasgos. Tendría unos treinta años. Su barbilla cuadrada y firme hacía dos días que no entraba en contacto con la máquina de afeitar.

—¿Eh? —preguntó—. ¿No podría..., no podría cerrar la ventana?

—Iba a hacerlo cuando le divisé a usted ahí fuera —respondió Moss. Se acercó cautelosamente y cerró la ventana. Después, corrió las cortinas. Por último, se volvió hacia su visitante.

—¿Está herido? —preguntó.

El hombre miró la mancha de su chaqueta. Se llevó la mano al pecho y al retirarla ambos la vieron manchada de rojo.

—Parece que sí, pero no creo que tenga importancia. Escuche, Moss, quiero hablar con usted. Para eso he venido y...

—¿Por qué creyó que necesitaría un revólver para hablar conmigo? Hubiera podido llamar a la puerta.

O haber pasado hace una hora por mi despacho del *Daily*.

—No podía ir a su despacho. Y tampoco llamar a la puerta. Dentro de un momento pueden estar aquí. No puedo exponerme a que me vean.

—¿Quiénes pueden estar aquí dentro de un momento?

—La policía.

Moss cogió una pipa de la mesa, la cargó y la encendió. Hasta después de este último gesto no volvió a hablar. El hombre lo miraba fijamente.

—Podría hacer dos cosas —dijo Moss por fin—. La primera, abrir esa ventana y dar un grito. Hay un policía de facción en la esquina de la izquierda.

—Lo sé. He tenido que esquivarlo.

—Y la segunda, preguntarle qué diablos le ha ocurrido para entrar a las once de la noche en una casa particular, amenazar al dueño de la casa con un arma, decirle después que no tiene balas para ésta y... Bueno, no voy a repetir toda la escena. Para hacer todo lo que ha hecho.

Una sonrisa, más parecida a una mueca, crispó los labios del hombre.

—¿Qué va a hacer, Moss?

—Lo segundo, desde luego. Pero, espere un momento.

Se dirigió a la puerta. El hombre dio un paso hacia delante, como para impedirle llegar a ella. Moss se paró.

—No voy a avisar a nadie —dijo, con voz calmada y suave—. Quiero sólo que no se desangre sobre mi alfombra y que no se muera antes de contestar a mis preguntas. En una palabra; quiero curarle esa herida.

—No va a haber tiempo para ello —dijo el hombre jadeando—. Pueden llegar de un momento a otro y no quiero que me encuentren aquí.

—¿Lo han visto entrar?

—No, pero...

—Pues déjelo de mi cargo. Si alguien llama, mi esposa abrirá la puerta. Con toda inocencia podrá asegurarle a quien sea que no hay nadie en la casa. Ni siquiera tendré yo que mentir. ¿Va a confiar en mí o no?

El hombre asintió. Luego se dejó caer en una silla.

Moss volvió al cabo de dos o tres minutos, con un pequeño botiquín de urgencia en la mano. Desabrochó la camisa del hombre y vio una herida

que rasgaba la carne del pecho. Sangraba algo, pero no parecía tener mal aspecto.

La desinfectó con mercurio-cromo y le colocó un trozo de algodón y esparadrapo. Cuando acabó, cerró de nuevo la camisa.

Justo en este momento oyeron el ruido de los coches en la tranquila calle y un momento después el de un silbato. Voces de hombres preguntaron algo que no llegó hasta ellos. Elmer Moss miró a su huésped. Pequeñas gotas de sudor brillaban en la frente de éste, pero era aquella la única señal de excitación que daba.

—Síntese en aquel rincón —dijo Moss—. Voy a enterarme qué es lo que ocurre.

—El revólver no estará cargado, pero puedo utilizarlo como una matraca, y soy fuerte —le avisó el hombre. Moss se encogió de hombros y salió del despacho, después de apagar la luz de éste.

Volvió a entrar cinco minutos más tarde.

—Mi esposa se ha despertado y está averiguando lo que ocurre —dijo.

El hombre no contestó. Por su inmovilidad, Moss hubiera pensado que dormía. No obstante, sabía que no era así. Oía perfectamente la respiración fuerte y contenida.

Las luces de los faros barrieron varias veces las sombras de la parte alta de la habitación. Se oyeron pasos en la gravilla del jardín y la puerta se abrió. Varias voces se alzaron y una de ellas era femenina.

—Voy a salir —dijo Moss, procurando que su voz sonase calmosa. No estaba asustado, pero sentía deseos de hacer algo con las manos—. Volveré ahora mismo.

—Supongo que sí —silabeó el hombre.

Moss salió por tercera vez. A oídos del hombre llegaron de nuevo las voces y las recias pisadas en el suelo enmaderado del pequeño porche. El hombre se puso lentamente en pie.

Y, por fin, un portazo y el rechinar de pasos en la gravilla. Pasos que esta vez se alejaban. La puerta del despacho se abrió y Moss entró.

—Está comenzando a llover —dijo. Luego se volvió hacia el hombre—. Voy a encender la luz. No corre ningún peligro *ahora*.

Encendió. El hombre tenía el revólver cogido con la mano izquierda.

—Le mentí hace un momento —dijo quietamente—. Me quedaba una bala y le aseguro que hubiese sido para mí si hubiese usted entrado con un policía por esa puerta.

—Me lo imaginé —respondió Moss. Se dirigió a su mesa y se sentó. Luego, levantando la cabeza, añadió—: Lo que no imaginaba es que lo estuviesen buscando a usted por haber asesinado a una mujer.

—Por eso precisamente vine a verle a usted, Moss.

—No maté a esa mujer.

—Esa no es la opinión de la policía. Conozco a los dos muchachos que

han venido a casa. No mentían. Creían que usted había matado a una mujer. Es posible que no se lo digan a todo el mundo, pero sí a mí. Y lo creían.

—No la maté, le digo —repitió el hombre, acercando su cara a la de Moss—. Por eso vine a verlo. Tengo una historia que contarle.

—¿Por qué?

—Porque es usted el único hombre que ha escrito la verdad acerca de lo que hace Salmon.

—¿Qué tiene que ver Salmon con esto?

—Nada y todo. El personalmente nada, desde luego, pero... —el hombre vaciló ligeramente. Luego, dijo—: Me llamo Jordan, Martin Jordan. Soy... Bien, era hasta hace tres días *manager* de Ralph Monelli.

Elmer Moss levantó el flexo hasta que la luz dio de lleno en la cara del hombre. Este parpadeó deslumbrado.

—Me parece que sí —dijo Moss—. Le he visto alguna vez, ¿no?

—Varias. Fue cuando dejé de entrenar a Monelli cuando Salmon decidió que no le gustaba que yo anduviese suelto por ahí.

—¿Por qué? —preguntó secamente Moss.

—Porque sabía demasiado.

—Salmon es un sinvergüenza tan grande como el edificio del Ayuntamiento —dijo Moss encendiendo de nuevo la pipa— y todos los que trabajan para él lo son en una u otra forma. ¿En cuál de esas formas lo era usted?

—Ya le he dicho que le traigo una historia. Hagamos una cosa.

Moss vio que la frente de Jordan brillaba de nuevo, punteaba de gotitas de sudor. Pero él, que conocía a los hombres, no vio miedo en los ojos que se clavaban en los suyos.

—Yo le cuento mi historia —prosiguió Jordan—. Usted puede publicarla o no, pero yo le pido que aguarde unas horas, un día todo lo más. Después, la historia es suya.

—Y... ¿qué le habrá sucedido a usted entonces?

El hombre se encogió de hombros.

—Decídase pronto. No hay tiempo que perder. Yo no puedo perder el mío, al menos.

—¿Qué quiere usted a cambio de esa historia? ¿Por qué me la trae a mí, y a cambio de qué?

No hubo vacilación alguna en la voz del hombre cuando respondió:

—Necesito cuatrocientos dólares y la seguridad de que usted tiene la historia en un cajón. Eso solamente. No es mucho, ¿verdad?

Moss golpeó la pipa contra el borde del cenicero.

—No he nacido ayer, Jordan. ¿Qué pasa con esa historia? ¿Le está quemando los dedos?

—Sí —fue la seca respuesta.

—¿Para qué quiere los cuatrocientos dólares?

—Eso es cosa mía —respondió Jordan mirándolo fijamente a los ojos—. Pero sí le garantizo que la historia será una de esas que ustedes, los periodistas, se pasan años buscando y que sólo encuentran una vez en la vida. ¿Le conviene, sí o no? No puedo pasarme aquí la noche, compéndalo.

Hizo una pausa y añadió:

—Es la historia con pruebas de que Salmon es un granuja, Moss, y se la he traído a usted porque sé que varias veces se atrevió a decir cosas sobre él que otros no se han atrevido.

Moss alzó el brazo derecho.

—Y... ¿sabe lo que ocurrió? Este brazo no ha vuelto a ser lo que era antes. Dos gorilas de Salmon me lo partieron en una noche parecida a ésta, y no era el brazo lo que deseaban partirme, sino la espina dorsal. No creo en los milagros, pero uno de ellos me salvó. ¿Ha dicho usted pruebas, Jordan? ¿De las que pueden ir a un tribunal del Estado o a un tribunal Federal?

—Sí, Moss, pruebas de esas.

Moss sacó un manojó de llaves del bolsillo, abrió un cajón y rebuscó en él.

—Ahí hay quinientos dólares —dijo poniendo un paquetito encima de la mesa—. Mi sueldo de la quincena.

Las manos de Jordan se dirigieron hacia el dinero. Moss impidió que lo cogiese.

—Un momento —dijo—. Cuando oiga la historia.

—Lo siento —se disculpó el hombre—. Me quitaron todo el dinero que tenía. Ignoro cuándo lo hicieron pero debió de ser cuando... —hizo una mueca. Sus ojos parecían dos trozos de obsidiana—, cuando me dejaron aquello en la cama.

Moss cogió un bloc de notas y un bolígrafo.

—Empezé cuando quiera, Jordan. Usted mismo dice que no tiene mucho tiempo.

CAPITULO II

Martín Jordan atravesó el jardincillo. Cuando llegó a la puerta, sujeta con una simple abrazadera de metal, levantó ésta. La luz del despacho de Moss se apagó en ese momento.

Llovía mansamente y los relámpagos se sucedían como latigazos en el horizonte. Jordan tocó en el bolsillo el paquete de billetes y la cajita con las municiones que le había dado Moss.

«Gracias a Dios», pensó.

Echó a andar, dirigiéndose a la esquina. En ésta, juntamente al lado del control, estaba el policía de facción. Distinguió el brillo de los botones metálicos y se echó hacia atrás, justo en el momento en que un camión avanzaba, casi pegado a la acera, lentamente.

Jordan lo evitó y se pasó la mano por la frente. Se sentía muy cansado y los dos whiskys que había tomado en casa de Moss lo habían mareado ligeramente.

«No pueden haberme hecho efecto dos tragos», pensó. Y pasó a la acera de enfrente a aquella en que estaba el guardia. Este balanceaba la porra aburridamente, golpeando el fuste de registro. Si lo vio no le hizo el menor caso.

Y por fin, Jordan se encontró fuera de la calle. Esta desembocaba en Kosciusko, cerca del final de la avenida. Le quedaban, pues, más de diez o doce manzanas antes de llegar al «Capistrano».

Un coche llegaba a toda velocidad, en dirección contraria. Tuvo tiempo de ver la intermitente luz roja antes de echarse hacia atrás, en las sombras de la acera, aprovechando la verja de la última casa con jardín. El auto patrullero hizo el cruce sin esperar a que cambiase el disco y se metió por el boulevard Los Altos, girando sobre dos ruedas.

«Van hacia allá», pensó Jordan.

Y nuevamente, como si lo tuviese ante los ojos, vio el cuerpo desnudo de la muchacha, tendido en la cama, en su propia cama, con los ojos desmesuradamente abiertos y las manos engarfiladas. Y en la garganta las huellas del brutal apretón.

Apretó los dientes con un chasquido: El que montó la trampa no era un novato, pero se había olvidado de una cosa: el nudo de la cuerda con que atara a la muchacha a la cabecera de la cama.

Un taxi se aproximaba lentamente, pegado a la acera. Del «Rex» salió un grupo de tres personas. Luego otras cinco, y, por último, una riada de ellas. Terminaba la función.

Jordan alzó la mano y el taxi se le aproximó. Subió a él, mientras un

jovencito hacía desesperadas señas al chofer, y cerró la portezuela.

—Lléveme al «Capistrano» y déjeme en la esquina del callejón que hay antes de llegar a él —dijo Jordan—. Aprisa.

—No podré ir muy aprisa, amigo —repuso el taxista—. Esta noche están los «cops» como las gallinas cuando les revuelven en los huevos. Ya se me han cruzado dos patrulleros delante del mismo morro. Leyes del tráfico... ¡Puah! Cuentan para nosotros, pero no para ellos.

Frenó bruscamente en el cruce con Main. Jordan salió despedido hacia delante.

—Lo siento —dijo el conductor—. ¿No le dije? Ahí los tiene otra vez. ¡La calle es suya! ¡Sigan, bastardos!

Un coche policíaco había surgido de Main a toda velocidad y cruzado Kosciusko. La sirena había salvado al taxi de la colisión, porque el patrullero ni siquiera respetó la señal.

El taxi frenó por fin ante el callejón que daba a la fachada izquierda del Capistrano Nighth club, cuyas luces alternaban de rojo y verde intermitentemente.

Jordan pagó al taxista y se apeó. Se subió el cuello de la chaqueta y se dirigió al callejón. A éste daba la puerta de entrada y salida de los empleados. Sentía vivos deseos de fumar, pero no se atrevió a encender un cigarrillo. Tenía la boca seca y le volvían las náuseas.

«Necesito beber algo», pensó.

Esperó hasta que el portero negro, que iba y venía de los caches a la puerta, con el paraguas, para tapar a los clientes, estuviera cerca de él, al otro lado de la esquina. Entonces, dijo:

—Tom.

El negro se volvió curiosamente hacia uno y otro lado.

—Estoy aquí, al otro lado de la esquina, en el callejón —siguió Jordan—. Acércate.

El negro dio dos pasos en su dirección.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy míster Jordan —fue la respuesta. Desde donde estaba pudo ver el respingo del portero al mencionar el nombre.

—¿Míster... Jor...?

—Sí, imbécil, no repitas. Quiero que hagas algo por mí.

El negro se colocó junto a la esquina.

—Lo están buscando a usted, míster Jordan—dijo— La policía ha estado aquí dos veces ya. Noly les dijo que usted venía aquí todas las noches.

—¿Está Noly ahí dentro?

—No, señor. Pero ha venido varias veces. El y míster Scalo. Míster Jordan, si lo encuentran lo van a freír. Vienen buscándolo. Yo no quiero saber nada de esto. Márchese, por favor, míster Jordan. Márchese.

—Dile a Sally que abra la puerta de emergencia. Voy a entrar, Tom.

Un automóvil se había detenido junto a la marquesina. El negro corrió a abrir la portezuela, y volvió de nuevo, cobijando bajo su paraguas a una pareja. Luego se acercó otra vez a la esquina.

—Márchese, míster Jordan, por favor —dijo—. Le van a matar si lo encuentran. Le digo que lo van a matar, míster Jordan.

La ira que sentía Jordan estuvo a punto de perderle. Saltó a la esquina, apareciendo de súbito junto al negro.

—Una vez hice algo por ti, Tom, bastardo —dijo duramente—. ¿Vas a hacer esto por mí o no?

El negro desapareció tras la puerta giratoria y Jordan volvió al callejón en el momento en que las luces de otro coche barrían las sombras junto a él.

La puerta de emergencia, cerrada desde dentro, según costumbre, se abrió a los pocos minutos. La negra cara de Sally, la encargada del guardarropa, apareció a pocas yardas de la de Jordan.

—Pase, míster Jordan —dijo jadeante—. Por favor, tenga mucho cuidado.

Jordan pasó, sujetando en el bolsillo la culata del revólver con la mano.

—¿Hay alguien en el camerino de miss Des Moines? —preguntó—. No intentes engañarme, Sally.

—No, señor, no hay nadie.

—Voy a ir allá. Y quiero que me avises si alguien llega. ¿Me has entendido, Sally? Quiero que me avises. Te conviene hacerlo.

Entonces vio la mirada de terror de la negra. Un terror que provocaba él mismo. Sonrió torcidamente. Las noticias se esparcieron pronto por los sitios a los que acostumbraba a ir. Podía seguir uno a uno los pensamientos de la negra y todos conducían a la misma conclusión: Él era un asesino, el hombre que había matado a una mujer.

—¿Lo harás, Sally? —preguntó.

—Sí, señor.

«No importa que en otra ocasión yo le haya ayudado a sacar a su amante de la cárcel —pensó Jordan—. En cuanto pueda, les dirá que yo estoy aquí».

La apartó a un lado y se dirigió, por un camino que conocía bien, al camerino de Lucía Des Moines, «née» Olive McRae, hasta que algún agente teatral decidió que el cambio de nombre serviría mejor a su carrera artística.

No llamó. Al entrar llegó a su nariz el acre olor de los polvos y el más suave y agradable de las cremas faciales. No había nadie en el pieza. En ese momento Lucía estaría contorsionándose en la pista del Capistrano en beneficio de cincuenta rijosos prohombres de la ciudad y de sus queridas de tumo.

sacó la pistola y se colocó junto al biombo. Había en el camerino una sola luz, la de la mesita con espejo ante la cual se maquillaba Lucía. Si alguien entraba de improviso, no podía verlo, al menos por el momento.

A no ser, naturalmente, que llegase la policía. Los policías entrarían en todas partes como podencos que han olido la sangre de la caza. Pero era un riesgo que tendría que correr. No tenía más remedio que correrlo.

Los minutos se sucedieron con una lentitud desesperante. Tan rápidos como le habían parecido cuando huía por la escalera de emergencia de su propio piso al oír los golpes de la policía en la puerta y darse cuenta de que había caído en una trampa...

La puerta del camerino se abrió y una esbelta figura penetró rápidamente en el cuarto.

—No enciendas la luz, Lucía —dijo Jordan en voz baja.

La mujer dio un respingo y se detuvo. Pero sólo fue un momento. Al instante se dirigió de nuevo a la puerta.

—No salgas, Lucía, tengo un arma en la mano y la utilizaré si me obligas a hacerlo. Cierra la puerta y acércate. Y si alguien llama di que nadie puede pasar «Nadie», entiéndelo bien, Lucía.

Lucía obedeció. «Ella sabe que no soy un asesino que no he matado a Aggie, y, sin embargo, tiene miedo —pensó Jordan—. ¿Por qué? ¿Porque yo pueda vengarme? ¿Es sólo por eso?».

—Acércate —repitió—. Podría haber agregado: «No quiero hacerte daño, no voy a matarte» pero había sufrido mucho aquella noche y deseaba que alguien sufriera también.

—¿Qué..., qué quieres hacer, Martín? Te están buscando. Los policías...

—Los policías y los hombres de Salmon, ¿verdad? Te olvidas de los hombres de Salmon, Lucía, te olvidas de Noly y de todos los demás.

La mujer estaba ahora muy cerca de él. Podía ver perfectamente los rasgos de su cara asustada. Era bella, de una belleza vulgar, pero tenía un cuerpo perfecto. No llevaba más que un pantalón corto y corpiño.

Jordan conocía muy bien aquel cuerpo. Aquella misma noche lo había sentido latir muy cerca del suyo y había visto reflejarse las luces tamizadas en la tersa y suave piel.

Levantó la mano y le cruzó la cara con el dorso. Su anillo de plata mejicana, rayó la mejilla de la mujer. Esta lanzó un ligero grito y al retroceder tropezó con una pata de la mesita y cayó al suelo.

—¡Martín! —exclamó con voz ahogada—. ¡No vas a ma...!

—¿Por qué no les has dicho a los policías que yo estaba contigo esta tarde? —preguntó él sujetándola por uno de los brazos hasta clavarle los dedos en la piel. Lucía se retorció de dolor.

—Yo, Martín... Te juro que no me dejaron decir... les, nada, Martín... ¡Me haces daño!

Martin Jordan volvió a fustigarla y esta vez el golpe fue tan brutal que

ella hubiese caído de rodillas a no seguirle sujetando con la mano izquierda.

—¿Por qué no se lo has dicho? Yo estaba contigo cuando un hijo de perra, Noly o cualquier otro, subió a mi casa un cadáver. El cadáver de una chica a la que tú conocías. No era una desconocida, era Aggie. ¿Por qué no se lo has dicho? ¿Cuánto te ha pagado Salmon por callarte? O, ¿es que te ha amenazado Noly? ¿Por qué, Lucía? ¿Por qué te callaste? ¡Vamos, contesta perra!

Ella se limitaba a mirarlo con los ojos muy abiertos.

—¿No vas a contestar? ¿Crees que puedes hacerme una cosa así y luego continuar como si nada? ¿Lo crees de veras, perra? Yo te voy a enseñar algo, palabra que lo voy a hacer.

Levantó la mano en el aire, pero no llegó a dejarla caer. La puerta del camerino se abrió violentamente y la luz que entraba desde el pasillo lo deslumbró. No lo suficiente, empero, como para dejar de ver la alta figura.

Soltó a la mujer y se echó mano al bolsillo. Y en ese momento la luz cenital del camerino se encendió.

—Quieto, muchacho —dijo Noly. Suelta el hierro y deja a la chica tranquila.

Jordan sabía perfectamente que detrás de Noly había alguien. Noly no iba nunca solo desde que en cierta ocasión dos hombres lo metieron en un coche y sólo un milagro lo salvó de ser «paseado». El milagro se llamó Salmon, pero los milagros no se repiten con frecuencia.

Sacó lentamente la mano del bolsillo para demostrarle a Noly que no llevaba en ella arma alguna.

—¿Qué pretendías? —preguntó Noly suavemente.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de mediana estatura, gordo y con sólo un poco de pelo a los lados de la cabeza. Ese poco se lo dejaba crecer y con él intentaba taparse la calva. Ello le daba un cierto aspecto de benigno chupatintas, pero Jordan sabía que era un asesino. Un asesino sin escrúpulo alguno.

—Apenas nada —respondió Jordan. Sentía húmedas las palmas de las manos, pero no de miedo, sino de rabia, de ira y de humillación. Había sido tan estúpido como la liebre que se para a dos yardas del escopetero y a nadie podía echarle la culpa, sino a él mismo. Meterse en el Capistrano, en el mismo camerino de Lucía... Pero, ¿acaso le había quedado otro recurso? Había jugado su baza, pero sus cartas eran bajas.

—Sólo quería saber quién era el hijo de perra que me dejó un recuerdo sobre mi cama, mientras yo no estaba allí. El que me dejó allí el cadáver de Aggie.

—Ve aproximándote a la puerta, muchacho. Y no se te ocurra acercar la mano al bolsillo porque te meto una bala en la tripa.

—Y... ¿si no lo hago? ¿Vas a disparar contra mí aquí, en el Capistrano,

Noly? O, ¿qué es lo que quieres? ¿Entregarme a la policía?

—Claro que sí, muchacho, y será lo mejor para ti. Deberías haberte entregado tú mismo ya. No te va a favorecer nada el seguir por ahí huyendo de ellos. Ya sabes que siempre te he querido bien, Martin, muchacho. Debes entregarte a los policías. Al fin y al cabo, Mike podría sacarte libre de todo en poco tiempo, aunque piensa que no debiste matar a la pobre Aggie. Eso no estuvo bien, Martin, no lo estuvo, muchacho.

—¿Sabes dónde estaba yo en el momento en que mataban a la chica? —preguntó Jordan. Otro hombre había surgido tras las espaldas de Noly y cerrado tras sí la puerta del camerino. Ahora estaban los cuatro, la mujer y los tres hombres, frente a frente.

Martin leyó nuevamente el temor en los ojos de Lucía Des Moines. Y súbitamente lo comprendió. No le temía «a él», sino a «lo que pudiera decir». «¡Dios, cuánta porquería hay en el mundo!», pensó.

—No es a nosotros a quienes tienes que contarle eso, Martin —dijo Noly. Y Jordan vio en sus ojos el brillo que ya había observado en ellos en otras ocasiones. Siempre que se produjo ese brillo, alguien desapareció de una forma u otra.

—¿Por qué no le dejáis que escape? —preguntó Lucía de pronto.

—Tú cierra la boca —fue la respuesta de Noly—. No te metas en esto, muchacha.

—¿Qué os importa que haya o no matado a una golfa? —repitió ella. Con un peinador sucio de afeites había tapado un poco su desnudez, pero las hermosas piernas aparecían por la abertura de la prenda—. ¿Por qué no lo dejáis escapar?

No, no había posibilidad alguna de saltar sobre Noly. Quizá podría llegar a desarmar a éste pero allí detrás estaba el otro hombre, el moreno, que, junto a la puerta se rascaba la mejilla mientras mantenía la mano metida en el bolsillo de la chaqueta.

—Vamos, muchacho —dijo Noly con tono persuasivo—. Es mejor que vengas con nosotros. Ya verás como un buen abogado te saca de este lío. No hay lio del que no pueda sacarte un picapleitos listo. Y tú puedes contar con un picapleitos listo, Martin.

Jordan lo miró primero a él y luego al moreno de la puerta.

—¿Me entregarás a la policía, Noly? ¿Es eso lo que quieres?

—Claro, muchacho, es por tu bien. Te lo digo yo.

Jordan dirigió rápidamente la vista a la mujer. En los ojos de ésta leyó una súplica vehemente. Y, además, era su única salida.

—Bien —dijo dejando caer los hombros hacia delante como si de pronto le hubiese vencido el peso de todo lo ocurrido durante la noche—. Bien, Noly, pero yo no maté a esa mujer, te lo aseguro.

—Vamos, muchacho, vamos.

Y el hombre moreno abrió la puerta. Noly movió la mano armada con

la pistola para que Jordan saliese. Y Jordan obedeció.

CAPITULO III

Un «Chevrolet» negro estaba parado, casi taponando la entrada del callejón. El chofer abrió la portezuela sin moverse de su asiento y Noly, Jordan y el hombre moreno entraron en la parte trasera del vehículo.

Colocaron a Jordan entre ambos y el coche echó a rodar silenciosamente. Los cristales de las ventanillas llevaban cortinillas y éstas estaban corridas. Junto a sí, Martin sintió el calor desagradable del corpachón de Noly.

—¿Vamos a la jefatura? —preguntó Jordan.

El moreno se rio. Noly se revolvió en su asiento.

—No —dijo Jordan al cabo de un momento—. No pensabais ir a la policía. No os conviene, ¿no es eso, Noly?

—No deberías hacer tantas preguntas, Martin. Estás entre amigos, ya sabes.

—Sí —dijo el moreno hablando por primera vez—. Cierra la boca, Martin.

El coche tomó una curva. Jordan volvió a sentir el peso de Noly. «No se atreverán a matarme en el coche —pensó—. Eso significaría, sangre y no pueden querer manchas de sangre que les comprometan en alguna ocasión.» Pero no podía quedarle mucho tiempo, de todas maneras.

—Una cosa —dijo—. ¿Quién me puso a esa mujer muerta en la cama, Noly? Has hecho muchas cosas, pero nunca habías matado a una mujer. Te gustaron siempre demasiado para hacer una cosa así. Además, Aggie era quizá la más bonita de todas.

—Tú lo sabrás, Martin. Tú fuiste quien la liquidó.

—No continuó, pensativo, Jordan—. No parece cosa tuya, Noly. Eso sería más bien cosa de Scalo. ¿Verdad, Scalo? Nunca te gustaron las faldas, ¿no es así? Aunque quizá serías capaz de matar a una chica bonita como Aggie, para librarte de la competencia. Sí, así podría haber sucedido también, Scalo.

El moreno le dio un golpe en la boca y Jordan sintió en ella el gusto metálico de la sangre.

—Cállate —dijo Scalo con su peculiar murmullo.

El coche aminoró su marcha. Debían estar saliendo de la ciudad por la parte del río. Las continuas curvas se lo advertían a Jordan. Conocía perfectamente su ciudad y sabía que dichas curvas sólo podían significar callejuelas estrechas y cortas. Estaban en el barrio de la gente de color y de los blancos pobres.

—Me pagarás esto, Scalo —dijo—. Me lo vas a pagar.

Scalo le volvió a golpear salvajemente. Noly encendió la luz del interior del coche. La sangre chorreaba por la barbilla de Jordan.

—¿Ves, ves, muchacho, lo que te ocurre por no tener la boca cerrada? —observó Noly.

El coche se detuvo bruscamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Noly inclinándose hacia el chofer.

—Un camión —respondió el hombre—. Voy a tener que dar marcha atrás.

Era su momento y Jordan lo sabía.

Incrustó su codo con todas las fuerzas de que fue capaz en el bajo vientre de Noly. Este expelió el aire de sus pulmones con un agónico gáñido y se llevó a la parte dolorida la mano armada con la pistola.

Scalo, el siciliano, levantó la mano para golpear, pero sólo halló el aire ante él. Jordan se había dejado caer al suelo de rodillas. Oyó sobre él gemir doloridamente a Noly y tanteó con la mano en busca de la portezuela. Luego, Scalo golpeó y encontró algo bajo su zarpa.

El golpe alcanzó a Jordan entre los hombros y lo echó hacia delante. Su cabeza golpeó contra la ventanilla y el dolor fue tan intenso que casi perdió el sentido. Con desesperación comprendió que su momento había pasado. Había pasado y no lo había podido aprovechar.

—¡Te voy a ma...! —dijo Scalo.

—Déjalo —balbució Noly—. Déjalo, imbécil, ¡aquí no!

Scalo cogió a Jordan y lo puso de rodillas de nuevo. Levantó la mano y volvió a azotarle el rostro. Aquella zarpa parecía de duraluminio.

—Aquí no, pero lo voy a ablandar antes de llegar —dijo—. ¡Vaya si lo voy a ablandar!

Noly había logrado recuperar la respiración. A través de la niebla que el dolor ponía ante sus ojos, Jordan vio que los de Noly estaban llenos de lágrimas. «Le he alcanzado justo donde quería», pensó con satisfacción.

—Has hecho mal, muy mal, Martin —dijo Noly jadeando—. Muy mal, muchacho. Pensábamos liquidarte sin más, pero ahora dejaré que Scalo te «trate» antes de meterte una bala en la tripa. Y lo único que siento es tener que matarte después. Porque me gustaría que quedases vivo «después» de lo que Scalo te haga.

El coche volvió a detenerse. El chofer asomó su cara por la separación entre el interior y el baquet.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo —respondió Noly—. Sigue. Aquí no, Scalo —añadió, viendo que el otro volvía a levantar la mano—. Donde puedas darle gusto y no se le oiga chillar.

Durante cinco minutos nadie habló. Luego el coche se detuvo. Se oyó el ruido de una puerta metálica corredera y el coche volvió a moverse. Después se detuvo definitivamente y el motor se paró.

—Vamos, Martin —dijo Noly.

Se bajó él y Scalo empujó a Jordan. Este cayó sobre un pavimento duro y el pistolero le alcanzó con una patada en los riñones.

—En pie, Martin —dijo Noly.

Jordan se puso en pie. El sitio donde se encontraban era un garaje de suelo de cemento y paredes desnudas.

—Vete al fondo, Martin.

El chofer se había apeado también. Era un hombre de pequeña estatura al que Jordan conocía bien. Hacía escasamente tres días que, sombrero en mano, le había pedido un favor: que le recomendase a un médico del hospital en que su mujer iba a dar a luz. Jordan había hablado con el médico y la mujer, a la que tuvieron que operar, había salido perfectamente de ello.

—Yo me voy —dijo el chofer sin mirar siquiera a Jordan—. Supongo que no me necesitaréis a mí... «para eso»;

—Dale recuerdos a tu mujer y a tu hijo —dijo Martin—. No te olvides de hacerlo, Johnnie.

El hombrecillo abrió la puerta, mientras Scalo se quitaba la chaqueta, y ya en ella se volvió. Esta vez sí miró a Jordan y luego su mirada se volvió al tablero de trabajo. Fue una mirada casual que ninguno de los pistoleros interpretó.

Pero Jordan, sí. Scalo avanzaba hacia él y Jordan retrocedió con las manos caídas a lo largo del cuerpo.

—No podrás ir muy lejos, aunque retrocedas, bastardo —dijo Scalo—. No vale la pena que lo hagas porque te voy a alcanzar igual.

La puerta de corredera chirrió y comenzó a cerrarse.

Y la mano de Jordan tropezó con la llave inglesa que había sobre el banco. En ese momento el puño de Scalo chocó contra él. El golpe iba dirigido a la mandíbula, pero un hábil movimiento de Jordan hizo que diese en su hombro. Aun así fue tan fuerte que lo ladeó.

—A los bajos, Scalo, a los bajos —dijo Noly con brillo asesino en la mirada—. A los bajos te digo, imbécil. Dale en los bajos.

Scalo se dispuso a obedecer. En ese momento la llave inglesa centelleó a la luz de la bombilla. Scalo lo vio y levantó el brazo instintivamente para protegerse del golpe. Protegió el cuerpo, sí, pero no el brazo.

Jordan oyó el crujido de los huesos al romperse y Scalo gritó como una mujer. Noly levantó la pistola y disparó sobre Jordan. Es decir, disparó sobre el sitio donde Jordan había estado en ese momento.

Con una llave de lucha que en la plenitud de sus facultades no le hubiera costado trabajo alguno, pero que ahora, dolorido por los golpes y herido, estuvo a punto de fallar había cogido a Scalo por el cuello y logró colocarlo entre él y Noly. La bala dio en el banco de trabajo, arrancando astillas de la madera. Una de ellas se clavó en el cuello de Jordan, pero él

ni siquiera lo notó.

Scalo gritaba ininterrumpidamente, tratando de desasirse de Jordan, pero éste lo mantenía pegado a su cuerpo. Vio los rasgos desencajados de Noly, que levantaba una y otra vez la mano armada de la pistola, buscando un hueco por donde poder disparar sin herir a su compañero.

Mientras con la mano izquierda mantenía firmemente asido a Scalo, Jordan tanteó el flanco de éste con la derecha. Encontró el revólver.

—Vamos, dispara —dijo Jordan dominando el ulular de Scalo—. Vamos, mata a esta mujerzuela. Vamos, Noly, ¿no quieres matar?

—¡No dispares —aulló Scalo—. ¡Por Dios, Noly, no dispares!

Jordan había logrado sacar el revólver a medias cuando Noly se decidió. En realidad no le quedaba otra solución.

Disparó dos veces. Una sobre Scalo y la otra sobre la bombilla. Era un buen tirador y no falló ninguna de las balas.

La habitación quedó sumida en la más completa oscuridad. Jordan, que tenía ya el revólver en la mano, sintió que el cuerpo de Scalo le pesaba de pronto de una manera intolerable y lo dejó caer. Mientras lo hacía oyó el ruido de la puerta metálica al abrirse y comprendió que Noly se le escapaba.

Disparó hacia la puerta y la bala chocó contra el metal: Una franja de luz azulada le señaló que la puerta se había abierto y adivinó, más que vio, la figura de Noly que corría.

Abandonó a Scalo y corrió tras él. Una mancha de aceite en el suelo le hizo trastabillar y estuvo a punto de caer. Cuando logró estabilizarse percibió el suave ronronear del motor de un coche en marcha.

Tanteó en el bolsillo, en busca de cerillas, y encendió una. A su pequeño resplandor vio la cara de Scalo, contraída en una mueca de violento dolor. De su boca fluía un reguero de sangre. El pistolero no volvería a matar a nadie.

Con una maldición, Jordan apagó la cerilla que le comenzaba a quemar las yemas de los dedos.

Luego se dirigió a la salida. El garaje estaba situado en una callejuela corta y estrecha que descendía en cuesta hacia la derecha. Allí, pues, debía estar el río y a él no se le había perdido nada en el río.

La calle estaba completamente desierta. Hasta la primera travesía no vio la primera persona. Era ésta una joven negra, borracha, que murmuraba obscenidades delante de una casa sobre cuya puerta había una luz roja.

Y, por fin, desembocó en un sitio conocido. Era la calle Proctor, que se alarga como una serpiente a través del barrio negro, hasta llegar a Lafayette. Según avanzaba por Proctor fue cambiando la fisonomía de la calle. Desaparecieron los bares de negros y comenzaron los comercios de blancos. Casi en Lafayette encontró el primer taxi libre. Se metió en él. Por

el espejo retrovisor el taxista vio su cara.

—No quiero líos con la policía, amigo —dijo—. ¿Qué ha estado haciendo? ¿Peleando con su esposa?

—Si me lleva a The Highs a menos de diez minutos, habrá diez dólares para usted —dijo Jordan—. Y no se fije en mi cara, no le va a pasar nada.

—¿Dijo «quince» dólares?

Jordan sabía que es completamente inútil discutir con un taxista. O se dejaba robar o iba a pie.

—Sí —dijo—. Quince.

Y el taxista echó a rodar.

CAPITULO IV

Elmer Moss se metió el puñado de cuartillas en el bolsillo y salió al vestíbulo. Con su mano útil escribió un mensaje a su esposa avisándola de que iba al periódico y salió a la calle. Había cesado un momento de llover y un intenso olor a enredaderas mojadas inundaba el aire.

El edificio del «Daily Clarion» era una maciza y fea construcción de seis pisos que se elevaba junto a la Cámara de Comercio. Dejó el taxi y se dirigió a la garita del portero nocturno.

Este se puso en pie al verlo. No era infrecuente que Moss apareciera por el periódico durante la noche.

—¿Le envió café, míster Moss? —preguntó rutinariamente.

—No —fue la respuesta—, pero llame por teléfono a Tommy Lane, dígame que venga para acá y esté usted preparado por si lo necesito.

—Sí, señor.

Moss ascendió la escalera y cruzó las salas de redacción, desiertas a esa hora, con un aspecto muerto y un tanto fantasmal debido a que los luminosos de la acera de enfrente esparcían intermitentemente sobre las mesas y las máquinas de escribir sus reflejos azules, rojos o verdes. Penetró en su despacho.

Se quitó el impermeable y se sentó ante su mesa. Luego descolgó el teléfono de línea exterior y marcó un número.

—Quiero hablar con míster Harrison —dijo cuando le contestaron—. No, no me importa que esté durmiendo. Dígame que es muy urgente. ¡Vamos, Tolliver, no me haga perder el tiempo! Quiero hablar con míster Harrison ahora, no mañana.

Un momento después la voz del editor llegó hasta él. Tenía un sonido un tanto confuso. Moss lo sabía, su jefe se estaba conteniendo para no exteriorizar su ira.

—Míster Harrison, no le hubiera despertado de no tratarse de un asunto muy importante.

—Lo sé, lo sé, Elmer, pero estaba a punto de dormirme y...

—Me he enterado de algo que es dinamita pura y no quiero sostener yo solo el cartucho entre las manos.

—Elmer, usted sabe que puede hacer lo que...

—No, míster Harrison, «esto» no quiero hacerlo yo solo.

—Está bien —respondió el editor irritado—. ¿QUÉ diantres quiere que haga, Elmer?

—Necesito verle, míster Harrison.

—¿Ahora?

Aquel «ahora» arañaba, pero Moss se mantuvo firme.

—Sí, señor, ahora. Prefiero no explicarle nada por teléfono.

—Mire, Moss, si... Bien, creo que será algo importante, en efecto. No haría usted esto si no lo fuera. Estaré ahí dentro de media hora.

Moss colgó. En ese momento llamaron a la puerta. Un muchacho de unos veintitrés años, de rapada cabeza y mirada despierta, penetró en el despacho.

—Lane, quiero que se siente usted a la máquina de escribir y mueva los dedos con toda la velocidad de que sea capaz. Yo le dictaré. Y otra cosa, Tommy. —Los ojos grises del redactor jefe se clavaron en los del muchacho—. Si una sola palabra de lo que va usted a escribir se filtra de estas cuatro paredes, dese por despedido del «Clarion» y yo me encargaré de que no pueda volver a colocarse en la nómina de un periódico decente en todo el país.

Tommy Lane no respondió siquiera. Se sentó ante la máquina y colocó los dedos sobre el teclado. Moss, comenzó a dictarle las notas que había ido cogiendo cuando Jordan le explicó la historia. Acababa de dictarle la última cuartilla cuando se oyeron pasos resonantes en el salón de redactores y la puerta se abrió.

Howard Harrison, H.H., como lo llamaban sus amigos y muchos de sus enemigos, apareció en el umbral, era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de elevada estatura y sienes plateadas. Vestía siempre trajes que cortaban y confeccionaban para él en Bond Street, Londres, donde iba todos los años por lo menos diez veces y sus corbatas eran fabricadas exclusivamente para anudarse en el cuello de sus camisas de ciento cincuenta dólares.

Que Moss supiera, H.H. tenía dos pasiones: el «Claxon» y llegar a sentarse alguna vez en un escaño del Senado del Estado. Washington llegaría después, porque ni sus más pesimistas sueños descartaban aquella posibilidad.

—No se vaya, Tommy —dijo Moss viendo que el joven redactor se ponía apresuradamente en pie para retirarse—. Al fin y al cabo está usted en el asunto. Quiero que lea todo eso para que míster Harrison lo oiga.

H.H. se sentó en un sillón y miró a los dos hombres. Una arruga de preocupación surcaba su frente y sus manos, calzadas con guantes de color manteca, se anudaban una a otra mecánicamente para desanudarse después.

Tommy comenzó a leer. Lo hizo con voz vacilante, al principio, pero que afirmándose a medida que avanzaba en la lectura. Cuando acabó, Moss miró a su jefe.

—¿Qué es lo que quiere usted hacer con eso, Moss? —preguntó H.H.

—¿Tiene usted ganas de bromear? —preguntó Elmer Moss fríamente.

—No, pero quiero saber exactamente lo que se propone.

Moss alzó en el aire su brazo inútil.

—Quiero impedir que ese granuja pueda seguir haciendo *esto* a los hombres honrados, con absoluta impunidad. Quiero ver entre rejas a Salmon y a otros como él que infectan hasta el aire que respiran los demás. Quiero...

—Quiere usted vengarse, en una palabra. Y para hacerlo no le importa hasta dónde sea. Pero hay un punto hasta el que no quiero llegar, Elmer. Es el punto de convertir mi periódico en prensa sensacionalista.

Moss se puso lentamente en pie.

—Supongo que no estará usted hablando en serio míster Harris. Supongo que no llamará sensacionalista a desenmascarar a Salmon e impedir que llevé a cabo otro de sus fraudes, «para los que nunca ha habido pruebas». Porque, sensacionalismo o no, eso es lo que quiero hacer, míster Harrison y no necesito decirle que «esto» —golpeó las hojas mecanografiadas con la mano—, son pruebas. Un tribunal cualquiera metería mano a Salmon nada más que con una sola de las cosas que aquí se prueban.

La respuesta de Harrison se hizo esperar unos segundos.

—¿Cómo ha conseguido todo eso, Elmer?

Moss miraba a su jefe. Vaciló un momento. Dijo:

—Un hombre me lo ha proporcionado, naturalmente.

—Supongo que no me irá a decir que desea callar el nombre de esa persona, ¿verdad? —preguntó H.H. cáusticamente.

—No, señor, pero...

—Su nombre, Elmer.

—Está bien. Se trata de Martin Jordan, el que hasta hace unos..., unas pocas horas era el entrenador de Ralph Monelli.

—Un hombre, por tanto, pagado por Salmon.

—Lo estuvo. Ya no lo está.

H.H. se quitó el guante izquierdo y extrajo un cigarro de un cigarrera de piel de cerdo. Elmer Moss conocía perfectamente aquel gesto y se preparó para lo que vendría después. Aquellos pausados movimientos de su jefe siempre iban seguidos de un corolario.

—Un poco antes de meterme en la cama, Elmer —dijo recalcando mucho las palabras—, me entretuve viendo un programa de televisión. Este fue cortado para anunciar que la policía estaba buscando a un hombre para «interrogarlo» acerca del asesinato de una mujer. Ese hombre...

—Es Martin Jordan, lo sé —dijo Moss—. Estuvo a verme.

—Y... ¿usted lo dejó marcharse? ¿Le amenazó quizá con una pistola, Elmer? ¿Fue eso lo que le impidió entregarlo a las autoridades? O, ¿le entregó primero todo ese... fárrago y usted al leerlo se decidió a no denunciarle? ¿Qué fue, Elmer?

—No necesita usted esas toneladas de ironías, míster Harrison. Escuché

a ese hombre porque me proporcionaba las pruebas de una de las más asquerosas corrupciones que esta ciudad ha tenido que padecer. Lo siento, míster Harrison, pero no puedo perder ni un solo minuto si es que hemos de tirar una edición especial matutina.

—Es que, Moss, creo que no me ha entendido bien: No habrá edición matutina alguna.

Moss, apretó las mandíbulas.

—¿Está hablando en serio, míster Harrison?

—Completamente en serio, Elmer.

Los ojos del editor se retiraron ante la firme mirada de redactor jefe. Tommy Lane los miraba alternativamente y sus manos se movían nerviosas. Harrison volvió hacia él sus pupilas castañas.

—¿Quiere salir, Lane? Quisiera hablar en privado con míster Moss.

Y cuando el otro obedeció, añadió:

—Elmer...

—Llevo veinticinco años en el *Daily Clarion* —cortó secamente Moss—, y es la primera vez que esto me ocurre. Un momento, míster Harrison, quiero acabar lo que he de decir. En estos veinticuatro años habremos podido tener alguna diferencia de opiniones, pero «siempre» hemos sabido ambos a la vez cuando era necesario una edición especial. Si *este* no es uno de esos momentos, estoy dispuesto a dejar mi empleo.

—Vamos, vamos, Elmer, supongo que no estará usted hablando en serio.

—Sí, señor. Completamente en serio.

H.H. dio una gran chupada a su cigarro.

—Haremos una cosa, Elmer... Esta noche estamos los dos quizá un poco excitados, pero, mañana, con tranquilidad...

Por primera vez desde que estaba en el periódico Elmer Moss dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—No, señor. «Esto» no puede esperar. Pero... ¿es que no se da usted cuenta de lo que tenemos entre manos? Las pruebas del más sucio asunto del «racket» pugilístico con que Salmon ha estado ensuciando la ciudad. ¿Es que no quiere usted ver a Salmon donde verdaderamente le corresponde, en la cárcel, esperando que le juzguen por...?

—Lo único que no quiero es que nadie pueda decir que mi periódico ha seguido las huellas de la Prensa amarilla, de la que busca el cómodo camino del escándalo y de airear los trapos sucios de los demás para ganarse mil suscriptores más y media página de anuncios extra. ¡No quiero, Elmer, entiéndame bien! ¡No quiero!

Elmer Moss tragó saliva antes de hablar. H.H. hizo lo mismo. El color normal volvió a su tez, de donde había huido para dar paso a una púrpura notable.

—Vamos, vamos, Elmer, ¿no puede usted esperar unas horas? La

polición detendrá a ese hombre, y mañana, o bien hablará y lo dirá todo, o bien cerrará la boca como una ostra, que es, personalmente, lo que creo que hará. Un hombre que ha estado trabajando para Salmon no abandona a éste tan fácilmente, usted debería saberlo bien. Salmon se hace servir bien. Lo más probable es que haya tratado de engañarle... o fraguar pruebas que luego no lo resulten tanto, examinadas con la fría razón. Comprendo que tenga usted ganas de vengarse del hombre que lo mutiló, pero... tampoco podemos exponernos a que mañana ese Jordan se retracte, se comience una investigación, con todo lo que eso representa y nos encontremos con que no hay nada debajo de la bandeja.

Su voz sonaba persuasiva, pero Elmer Moss oía solamente su cadencia. Por un momento pensó en su esposa, que sólo lo tenía a él, en que a los cincuenta años, y perdido el favor de H.H. no le sería nada fácil encontrar un nuevo empleo. Pensó en todo ello fugazmente y se sintió lleno de asco y de amargura.

—Vamos, vamos, Elmer: son unas horas nada más. En unas horas se habrá solucionado todo.

—¿Y en el caso de que «no» se hubiese solucionado todo? —preguntó el redactor jefe en voz baja.

—Entonces..., entonces sería el momento de encarar las cosas, Elmer.

—No me gustaría leer en el «Record» de mañana por la tarde esa historia, míster Harrison —dijo Moss—. «No me gustaría», míster Harrison.

—No lo verá, Elmer; se lo aseguro yo. No tengo su experiencia, Elmer, pero algo entiendo al fin y al cabo de periódicos, ¿no le parece? Algo sacaremos de la manga, usted y yo juntos, como en todos estos buenos veinticinco años.

—¿Hasta mañana? —preguntó Moss.

—Dejaremos el asunto hasta mañana. Le aseguro que nadie nos dará el pisotón, pero encaremos las cosas con ecuanimidad, con la ecuanimidad con que lo ha hecho siempre el «Clarion». Y ahora, hableme de ese... Jordan y de lo que pensaba hacer.

CAPITULO V

El lugar conocido por *The Highs* es simplemente la parte más elevada de la avenida South Dakota en la cruce con Lafayette. Los bloques funcionales han cedido paso a las villas particulares y a las casas de pocos vecinos y adinerados todos.

El chofer del taxi paró éste justamente en el cruce. No se veía a nadie, pero muchas ventanas estaban iluminadas. Jordan se preguntó si en alguna de las oscuras y tranquilas calles de *The Highs* habría policías. No es que hubiera razón alguna para que los hubiese, al menos por lo que a él concernía, ya que no creía en absoluto que Noly hubiera pactado con los gendarmes. No, lo que Noly quería a toda costa era cogerlo él, no entregarlo a la policía.

«Mi única baza —pensó—. La única de que puedo disponer».

Y se adentró en una de aquellas calles. Las casas que bordean la amplia calzada eran *cottaages*, cada uno de ellos separados de los contiguos por pequeños trozos de prado y jardín.

Se detuvo ante el número 17 y miró las ventanas. Estaban tan oscuras como el resto de la fachada, ya que el próximo reverbero se hallaba en la casa de al lado. Luego, bordeando el seto vivo, se internó en el patio tres o cuatro yardas.

Saltó el seto que chorreaba agua y pisó la gravilla del pequeño jardín. Sin vacilaciones, pese a la oscuridad, fue siguiendo la pared hasta alcanzar la ventana que buscaba. Tanteó un momento en la falleba, abrió y unos segundos después estaba dentro.

Conocía bien aquella habitación. Sabía que se trataba de una especie de trastero y que debía tener cuidado para no hacer ruido al tropezar con alguna cosa. Midiendo los pasos y contándolos, llegó sin tropiezo hasta la puerta. La abrió y salió al pasillo.

Este cruzaba todo el piso bajo del *Cottage*. Tanteó a su izquierda y encontró lo que buscaba: el picaporte de una puerta.

Entró y cerró la puerta tras sí. Su siguiente movimiento fue comprobar que las ventanas estaban cerradas y las cortinas bajadas. Así era.

Entonces encendió la luz de la mesita baja que había junto al diván. Era una luz pequeña, propia sólo para leer sentado en uno de los sillones o en el mismo diván y estaba protegida por una pantalla de color verde.

Echó una ojeada a la habitación. Estaba tal y conforme la había dejado él aquella misma tarde. Aunque... no. Algo había variado, recordaba perfectamente haber dejado el periódico que comprara al llegar a la casa en la mesita donde había también revistas. Y ahora el periódico no estaba

allí.

Sonrió torcidamente, encendió un cigarrillo y se sentó. La herida le dolía bastante, pero mucho más le dolían los golpes de Noly y Scalo. Dejó el cigarrillo cuidadosamente, salió del cuarto y se dirigió al baño. Se lavó la cara y se quitó de ella la sangre.

Tenía un ojo hinchado y los labios tumefactos. No estaba ciertamente muy atractivo, además, con aquella condenada barba que crecía tan aprisa...

Volvió a la sala, apagó la luz y continuó fumando.

Debió adormecerse, cuando oyó el ruido de la llave en la cerradura. Se alertó al instante, pero no se movió de su asiento. No lo hizo ni cuando se abrió la puerta del cuarto y la habitación se inundó de pronto de luz.

—Hola, Lucía —dijo.

La muchacha dio un respingo y se apoyó en la puerta, con la mano apretada contra el seno. Lo miraba con los ojos muy abiertos. Su cara maquillada aún, había perdido casi todo su color natural. Debajo de los afeites debía estar pálida como una muerta.

—Tú... tú... —fue todo lo que acertó a decir.

—Sí, yo —respondió Jordan poniéndose lentamente en pie. En su mano derecha brillaba el revólver y el cañón de éste apuntaba directamente a la mujer—. Vamos, entra y apártate de esa puerta. Supongo que habrás venido sola.

—Sí, Martín —repuso ella dando dos pasos hacia un lado. El señaló con el revólver el diván.

—Siéntate ahí.

—¿Puedo..., puedo quitarme el impermeable?

—Hazlo.

La joven se despojó de él. Llevaba un vestido negro que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel. Un escote en forma de «V» dejaba ver el nacimiento de dos senos que se adivinaban perfectos, y que se alzaban y bajaban anhelantes. Luego, con la misma lentitud, se dejó caer en el diván.

—Creí..., creí que...

—Creíste que me habían matado Noly y esa mujerzuela de Scalo. ¿Era eso lo que ibas a decir?

Y entonces se sorprendió. De los ojos de la mujer acababan de desprenderse dos lágrimas que rodaron mejillas abajo, surcando la capa de afeitado. Ni hizo nada por detenerlas.

—Ahora... ahora es cuanto me doy cuenta de que estás todavía vivo, Martín, ahora.

Martín estaba frente a ella. La miraba con una dureza que convertía sus pupilas en un par de trozos de pedernal:

—Escucha —dijo masticando casi las palabras—. Puedo soportar cualquier cosa menos tu asquerosa hipocresía. ¡Puedo vivir perfectamente

sin ella! Además, ¿a quién piensas engañar? Ahora no estás en el tablado.

Le dio una bofetada y el pesado anillo mejicano de plata volvió a rasgarle la mejilla. La fustigó dos, tres veces, hasta que el hermoso cuerpo se retorció sobre el diván. Martin se sentía cegado por una furia que rara vez lo poseía.

Apretando los dientes consiguió dominarse. Se apartó bruscamente de ella y encendió un nuevo cigarrillo.

La joven levantó la cabeza. Ya no lloraba, pero tampoco había odio en sus pupilas.

—Me alegro de que estés vivo, Martin —dijo—. Aunque sea así... —se tocó la mejilla con la mano izquierda. Varias delgadas rayas carmesíes señalaban los sitios donde la serpiente emplumada azteca la golpeó—. Lo siento, Martin, pero ni me diste tiempo a hablar, en el Capistrano.

Hizo una pausa y respiró fuertemente.

—Dios —dijo—. Aún no sé cómo he podido bailar una y otra vez, mientras pensaba que estarías... muerto...

Se tapó la cara con las manos y sus hombros se movieron convulsivamente. Jordan dio una larga chupada a su cigarrillo.

—Puedes ahorrarte la farsa. No pienso matarte.

—¿Crees que pensaba en eso? —preguntó levantando la cabeza.

—Sí, no pienso matarte. Sólo quiero saber una cosa y me la vas a decir, aunque tenga que destrozarte la cara a golpes. La cara y el cuerpo —añadió con una mueca espantosa.

Ella levantó la cara para mirarlo.

—¿Por qué no preguntas, Martin? ¿Por qué no pruebas a preguntar? Pero antes, Martin dime una cosa: ¿Cómo pudiste...?

—¿Librarme de ellos? Sólo pude matar a esa mujerzuela de Scalo. A estas horas está muerto en el rincón de un garaje, cerca del río. En cuanto a Noly... Noly escapó, Lucía; pero no se me escapará toda la noche. En algún momento daré con él y le meteré todo el tambor del revólver en el sucio vientre. Pero no es de Noly de quien vine a hablarte, te lo puedes figurar, ¿no?

Se paró ante ella, con las piernas separadas. La muchacha tenía que levantar mucho la cabeza para poder mirarlo.

—¿Por qué no preguntas, Martin? ¿No viniste a eso? ¿Por qué no preguntas, pues? ¿Puedes darme un cigarrillo?

Martin no contestó, ni hizo el menor gesto para responder a la petición.

—¿Por qué no dijiste a los policías que yo había pasado la tarde contigo? Procura encontrar una buena excusa, Lucía, porque si te doy un corte en la cara, desde el ojo hasta la boca, no podrás cantar ni bailar en sitio alguno. Y, Lucía, tienes ante ti a un hombre que está dispuesto a hacerlo, si es ese el único lenguaje que entiendes.

—Lo sé —respondió ella sencillamente—. Lo sé, Martín. Me estás

tratando como a una golfa, y ¿me he quejado?

La mano volvió a alzarse en el aire. Ella no apartó sus pupilas de las del hombre.

—No pude hacerlo, Martin, porque lo que dices que me harías lo habrían hecho ellos hace ya horas. Noly, me dijo... El... él parecía enterado de lo nuestro, de lo tuyo y lo mío, quiero decir. Dijo que se lo diría a Mike Salmon y que él... pero, bien, ¿qué te voy a decir? Ya sabes, ya sabes bien cómo hace él las cosas. Y cómo las hacen Scalo y Noly. No tenía ni la más ligera probabilidad de salvarme.

—Estás mintiendo —dijo Jordan, dando un paso hacia ella.

—No, Martin, no estoy mintiendo. Scalo tenía un frasco de ácido en la mano. Con un pulverizador, Martin. Y jugaba con él todo el tiempo.

Y Jordan comprendió que tenía que creerla. Sencillamente, no podía ser de otro modo. El conocía a Noly, conocía a Scalo y los métodos que éste usaba con las mujeres.

—¿Cómo sabía Noly que tú no se lo dirías después a la policía? ¿Cómo pensaba tenerte la boca cerrada? A no ser que tú *quisieras* tenerla cerrada...

Pero incluso antes de hacer las preguntas, sabía ya las respuestas. Había proferido mecánicamente las preguntas, porque siempre nos resistimos a confesar que estamos ya convencidos.

—Nadie me creería, Martin. Mike Salmon diría cualquier cosa, y si no era él, sería algún otro. Diría que había pasado la tarde con cualquiera de ellos y «presentarían pruebas», Martin, tú sabes que las presentarían. Alguien me habría visto abandonar la casa de cualquiera de ellos, la de Noly, la del mismo Mike... Alguien estaría dispuesto a jurar que a la hora en que yo estaba contigo aquí, me había visto en otro lado. Y aquel frasco de ácido en manos de ese degenerado...

Todo su cuerpo se estremeció. Jordan dejó la pistola sobre la mesita y se llevó la mano al pecho. Ella siguió su movimiento con los ojos y se puso en pie.

—Por amor de Dios, Martin, déjame ver eso.

—Quietas las garras. De manera que es así como van a enfocar las cosas ellos... Tú no puedes hablar.

—Así es, Martin —asintió ella. Le puso una mano en el pecho y separó cuidadosamente la chaqueta. La herida había vuelto a sangrar y el vendaje que le pusiera Elmer Moss estaba ligeramente rojo—. Me acusarían de cualquier cosa y yo en el hospital, con la cara quemada, no iba a serte de ninguna ayuda. Déjame, Martin, por lo que más quieras... Quiero verte esa herida.

De pronto le cogió la cabeza con ambas manos y le besó. Fue un beso suave, apenas el contacto de sus labios con los de Jordan, pero sintió cómo la conocida y siempre renovada sensación de que algo le rozaba la médula espinal, lo alcanzaba. La empujó y Lucía cayó sobre el diván.

—No vas a conseguir nada de mí ahora —dijo brutalmente.

Ella se puso en pie nuevamente, como si no lo hubiera oído, y le cogió la chaqueta.

—Tiéndete en el diván —dijo—. Voy a lavarte esa herida.

Un momento después había traído yodo y alcohol y procedía diestramente a quitarle el vendaje. Sus dedos acariciaban la piel del hombre. Mientras, éste cerraba fuertemente los labios y apretaba los dientes.

—Cuéntame cómo pasó todo —dijo ella.

—Llegué a casa a las ocho o cosa así. Quería cambiarme de traje antes de ver a Mike Salmon. Había... muchas huellas de tu boca en mi camisa y en las solapas de la chaqueta. Me metí en el cuarto, con la corbata ya quitada y sacándome la camisa. Para ello no necesitaba encender la luz. Cuando lo hice... Bueno, primero comencé a oír pasos en la escalera, encendí y entonces la vi a ella, a Aggie.

Hizo una pausa. Lucía encendió dos cigarrillos, le puso uno de ellos en la boca y él aspiró con ansia.

—Estaba medio desnuda. No llevaba puestas más que las medias y la ropa interior. La habían atado a la cabecera de la cama y la habían estrangulado. Habían sacado un traje mío del armario y lo habían tirado por el suelo. Para cualquiera habríamos pasado la tarde allí, y yo la habría matado sádicamente.

—Pero... ¿cómo pudo llegar la policía tan a tiempo?

Jordan abrió los ojos que había cerrado por un momento. Sentía mucho sueño, sueño y cansancio.

—Prepárame algo de beber —una chispa de desconfianza se encendió de nuevo en sus pupilas—. No, yo mismo lo prepararé.

—Lo prepararé ante ti, Martin —respondió ella sin ofenderse. Abrió el mueble bar, sacó una botella de «Bourbon», dos vasos y dos botellitas de soda. Preparó las bebidas y le dio una. Martin la apuró de un trago.

—¿Que cómo pudo llegar la policía tan a tiempo? No lo sé. Probablemente le dieron un telefonazo apenas me vieron doblar la esquina. Probablemente alguien que dijo ser un vecino, afirmaríala haber oído pedir auxilio a una mujer.

Soltó un juramento y sus ojos volvieron a brillar.

—No se precisa mucho para que la policía se conforme. Si intentaron averiguar el origen de la llamada, se conformarían pensando que el autor no quería darse a conocer para evitar la testificación en el juicio. Cosas de estas ocurren todos los días.

Hizo una pausa.

—Pero cometieron una equivocación.

Ella le puso la mano en la frente. Su cara estaba tan cerca que Martin pudo ver a la perfección las señales que le había hecho con el anillo

mejicano.

—Lo siento, Martin —dijo—. Lo siento. ¡Dios, cómo lo siento! Pero... —agregó con violencia salvaje— ¡estás vivo!

Volvió a besarle, esta vez sin dulzura. Martin sintió que los pequeños dientes se clavaban en sus labios y pugnó por separarse. Luego, sus sentidos se nublaron. Sentía contra el suyo el cuerpo de la joven y ya no le importaba que la herida le doliese. Por fin, ella se separó. Sus grandes ojos oscuros le contemplaron con auténtica hambre.

—¿Matarás a ese perro de Noly?

Jordan la separó de sí cuanto le permitían sus brazos y afirmó lentamente con la cabeza.

—Cuando me di cuenta de que me habían fraguado el asesinato dentro de mi mismo cuarto, me dirigí a la salida de emergencia. Los golpes arreciaban en la puerta y justo cuando logré abrir, la echaron abajo. Uno de los policías disparó sobre mí y por un momento creí que todo se había acabado. No sé ni cómo pude llegar abajo. Ya sabes, hay un baldío en el fondo de mi casa. Lo crucé a la carrera y logré llegar a la puerta trasera de los almacenes Garret y meterme en ellos. Los policías creyeron que había tirado hacia Burton y siguieron hacia allá, con todo lujo de sirenas. Mientras, yo salía a Kosciusko, tratando de que nadie viese la sangre que me corría camisa abajo.

Se sentó en el diván. Podía sentir el calor del cuerpo de la joven junto al suyo, y de nuevo la sensación de irrealidad se apoderó de él.

—Dame otro trago —ordenó. Ella se lo sirvió, pero esta vez no se lo tomó de una sola vez.

—Y, ahora... —dijo Lucía.

—Cometieron una equivocación, te digo. Una gran equivocación. No soy un hombre que se deja degollar sin defenderse. Hay hombres que se dejan llevar al patíbulo y otros que intentan por lo menos sacarle un ojo al verdugo. Yo soy de estos últimos.

—¿Qué es lo que has hecho, Martin?

Jordan la miró fijamente por un momento. El brillo de los ojos de la bailarina le parecía sincero, pero él había visto otras veces el mismo brillo en los ojos de mujeres que estaban planeando fríamente un asesinato. «¿Es que no podré fiarme de nadie?», pensó lleno de asco. «¿Es que no va a haber alguien, en algún lugar, que no piense en traicionarnos y en vender nuestra piel por dos centavos?

—Alguien tiene la historia, con todas las pruebas y todos sus nombres —dijo por fin. Los ojos de la muchacha se agrandaron y otra vez volvió a palidecer—. ¿Qué querías? —añadió Jordan ferozmente—. ¿Que me dejase asesinar sin levantar un solo dedo para defenderme? Alguien tiene esa historia y hará uso de ella si me matan o la policía me coge. Esta vez Mike Salmon no se las llevará todas de arriba. Y, por Cristo, me gustaría qué

alguien le dijese lo que he hecho. No tuve tiempo de decírselo a Noly, y, además, él es demasiado imbécil para creerme. No, preferiría que alguien se lo dijese a Mike, alguien al que él pudiera creer... Tú, por ejemplo.

Su voz se había ido endureciendo.

—Tú, qué escondiste un periódico que yo dejé esta tarde aquí, porqué en él había anotaciones de mi puño y letra sobre las carreras de caballos y sobre el match de pasado mañana. Y ese periódico era el «Clarion» de ésta misma tarde. ¿Dónde lo pusiste, Lucía? ¿Dónde pusiste el periódico que hubiera podido probar que yo estuve aquí ésta misma tarde?

La muchacha se puso en pie. Su corto pelo sé había alborotado ligeramente al besar a Martin. Con las manos en las redondas caderas, fue inclinándose poco a poco hacia él.

—Óyeme, Martin Jordan— dijo—. Lo vas a creer o no lo vas a creer, pero Noly y Scalo estuvieron aquí pocos minutos después dé marcharte tú. Fue aquí donde me amenazaron, no en el camerino del Capistrano, aquí, Martín y puedo probártelo. Después registraron la habitación y encontraron el periódico y se lo llevaron. Y, mira, Martin...

Cogió la lámpara e iluminó con ella el suelo. Junto a una de las patas del diván, la alfombra presentaba una quemadura del tamaño de un dólar de plata.

—Scalo echó una gota de «eso» sobre la alfombra, para que viera qué era lo que contenía el frasco. Y, ahora Martin, puedes hacer lo que quieras. Yo... yo no puedo hacer más de lo que he hecho. Salvo rezar por ti, si es que has de salir por esa puerta y vas a ir a buscar a Mike Salmon en su rincón.

Jordan la tomó en sus brazos y hundió sus pupilas en las de ella.

—Todo lo que Scalo te prometió, será poco al lado de lo que yo puedo hacerte si me traicionas, demonio —dijo masticando casi las palabras.

—Házmelo, Martin si te traiciono. Y es inútil que me amenaces tú. Cuando te vi no lloré porque estuviese asustada, Martin, sino porque..., porque había pensado que no te volvería a ver. Aprieta, Martin, aprieta fuerte, porque así sabré que estás aún vivo y *yo quiero que vivas*.

Martin apenas oyó su última palabra.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella al cabo de un momento.

—Voy a ir a buscar a Noly. Y cuando lo encuentre le obligaré a confesar. Y después buscaré a Salmon y le haré saber que ya hay quien tiene las pruebas de lo que pensaba hacer con el «match» de Monelli. Eso es lo que pienso hacer. Pero antes... quiero saber quién pudo atar a esa pobre chica a la cabecera de mi cama... con un nudo marino».

Lucía dio un ligero grito. Jordan la miró fijamente.

—¿Quién, Lucía?! ¿Quién? —preguntó.

—Había un hombre... No sé quién era, ni siquiera le vi la cara, pero había un hombre en el coche, con Noly, cuando vinieron a amenazarme,

después de marcharte tú. Me llevarón al Capistrano en el coche y, al lado de Noly que conducía, había un hombre. No le vi la cara, Martin, pero sí la mano que apoyaba en la ventanilla. Tenía un tatuaje en el brazo, Martin. Eso..., como, ¿puede servirte de algo?

Jordan se metió la pistola en el bolsillo.

—El hombre que tiene las pruebas y la historia es Moss, el redactor del «Clarion» dijo secamente—. Y, otra cosa, Lucía, no abras la puerta a nadie esta noche y tampoco mañana. No la abras a nadie, ni salgas si quieres vivir. «No lo hagas hasta saber si yo estoy vivo o muerto mañana».

—¿Cómo..., cómo sabré si estás vivo, Martin?

—Yo te llamaré. Pero si ves aparecer la información del asunto en el «Clarion», en edición especial de la mañana, lo más probable es que, no vuelvas a verme más.

Ella reprimió un estremecimiento, pero no pronunció palabra. Sirvió una nueva bebida y se la puso a él delante.

—¿Puedo prepararte algo de comer, Martin? ¿Tienes hambre?

Y de pronto Martin se dio cuenta de que tenía un hambre terrible. Por primera vez en toda la noche, sonrió.

—Date prisa, Lucía —respondió.

Al cabo de un momento, la muchacha estaba de vuelta con una fuente de emparedados. Jordan empezó a comerlos. Le dolía la boca a causa de los golpes, pero era un hombre sano y dotado de buen apetito. Cuando llegaba al tercero, alzó la vista y encontró fijos en él los ojos de Lucía.

—Martin —inquirió ella—, ¿por qué mataron a Aggie?

—Aggie era lo de menos —respondió él bebiendo un nuevo trago de whisky—. Lo que querían era poner un cadáver, cerca de mí, donde la policía pudiera encontrarlo y echármelo... Eso es lo que querían.

—Pero, Aggie..., ¿por qué ella? Hace poco estuve hablando con Aggie —los ojos de la joven brillaron— Martin, ¿sabías que Aggie estaba haciendo un chantaje a un hombre?

Martin dejó de masticar.

—¿Qué has dicho? Repite eso.

—Me dijo en cierta ocasión... Bueno, estaba bastante borracha. Vino a verme para pedirme dinero. Se hallaba en un apuro, me dijo, pero eso no le volvería a ocurrir, añadió, porque tenía a un hombre muy rico comiendo en su mano. Yo conocía mucho a Aggie, pero en ella aquello me parece que sólo podía querer decir una cosa.

Martin frunció las cejas.

—¿Quién era? Me refiero al hombre —preguntó.

—No lo sé. Tengo idea de que dijo... No, no lo dijo, pero me dijo algo acerca de él. No puedo recordar qué... Era algo especial. No le hice mucho caso, Martin, ya sabes cómo son esas cosas. Uno deja hablar al otro sin apenas atenderle. Pero tengo la idea de que dijo algo acerca de él... ¿O tal

vez dijo quién era?

—Eso pudiera ser muy importante, Lucía. Alguien pudiera haber aprovechado la ocasión... ¿No sería alguien conectado con Salmon?

Hizo una pausa.

—No, Mike la mataría a la primera tentativa. ¿Te dijo que lo chantajeaba?

—Que lo iba a hacer, creo.

Martin se levantó.

—Me tengo que ir —dijo, atrayéndola hacia sí—. Hasta luego, Lucía. Y «recuerda». Se desprendió de ella y se encaminó a la puerta.

CAPITULO VI

Elmer Moss miró la hora en su reloj de pulsera. Eran ya cerca de la una y media. En ese momento sonó el teléfono junto a su oído. Pese a la costumbre de oírlo se sobresaltó.

Lo cogió y la voz de su esposa llegó hasta él.

—No, no pienso quedarme toda la noche en este cochino periódico —respondió cansadamente—. Voy a ir allá ahora mismo. Sí, de acuerdo, me abrigaré bien. Sí, procuraré no meter los pies en los charcos. Sí, querida, adiós.

Colgó y se puso de pie. Oprimió el timbre y Tommy Lane metió la despeinada cabeza por la puerta.

—Puedes marcharte, Tommy —le dijo el redactor jefe—. Pero mañana estarás aquí a las ocho.

—Puedo murmurar un poco, míster Moss? —preguntó el muchacho.

—No, no puedes. Tommy. Al menos no es prudente que lo hagas, chico.

—Lo haré de todos modos. Al fin y al cabo me pagan por opinar, ¿no?

—No, lo hacen porque hinchas telegramas.

—Es el más bonito, el más hermoso de los «pisotones» que se han dado en esta ciudad, míster Moss, y que conste que he oído hablar mucho a mi padre de los «pisotones» que usted y él dieron en su tiempo. De aprovechar esto es no solamente una tontería, yo diría que es un crimen.

—Vete a casa, Tommy —repitió Elmer Moss. Se metió en el bolsillo las notas taquigráficas de su conversación con Jordan y sacó un cigarrillo—. Guarda «eso» en tu cajón y échale la llave, Tommy. «Quizá» lo necesitamos mañana —añadió señalando las hojas escritas a máquina.

—Hace media hora que míster Harrison se marchó de aquí —respondió obedeciéndole—, y aún me estoy preguntando si ese hombre es periodista o no. «Prensa sensacionalista...» ¡Puah! No con las pruebas que hay en esto. Lo que haríamos sería limpiar un poco la ciudad de «racktters» y de sinvergüenzas. Palabra de honor, míster Moss, que por dos centavos...

—Yo me voy a casa, Tommy, no quiero seguir oyendo como te rebelas y además, mi esposa me está esperando intranquila.

—¿Tiene usted sangre en las venas? —preguntó el muchacho con la indignación de la juventud—. Elmer Moss lo miró con fijeza y comprensión.

—La tengo, hijo, y no creas que corre ahora muy tranquila por ellas. Pero sé cuándo no hay nada que hacer y esta es una de esas ocasiones. *No hay nada que hacer, Tommy* métete en la cabeza eso. Míster Harrison no lo quiere, al menos por esta noche.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—No se le ocurra gritar —dijo una voz.

Y por segunda vez en pocas horas Moss se vio enfrentado con un arma de fuego. Había dos hombres en la puerta que comunicaba su despacho con la sala de los redactores, la cual tenía las luces apagadas. Los hombres llevaban pistolas en las manos.

—Póngase contra la pared —dijo uno de ellos. Ambos llevaban impermeables con los cuellos subidos y sombreros con las alas muy bajas. Apenas se veían sus rostros.

Los dos periodistas obedecieron. Moss abrió y cerraba las manos y su mandíbula se movía masticando algo inexistente.

—Deme unos papeles que ha escrito esta noche —dijo el hombre que había hablado, dirigiéndose a Moss—. Más vale que me los dé y no piense siquiera en resistirse porque *esto* que ve usted aquí —y señalaba la pistola con la mirada— está cargada. Vamos, mueva las patas.

—Si intentas moverte, jovencito, te dejo frito —advirtió el segundo hombre mirando a Tommy, el cual parecía un perro joven que sale por primera vez en su vida. Le temblaban las aletas de la nariz.

—Quieto, Tommy —dijo Moss fríamente—. Dales esos papeles.

—Pero, míster Moss...

El segundo de los hombres dio un paso adelante y descargó brutalmente el cañón de su pistola sobre el rostro del muchacho. Tommy lanzó un gemido y cayó volcado sobre la mesa, con la boca abierta en un gesto le dolor.

—Si no saca usted esos papeles, voy a seguir golpeando al chico —dijo el primero de los asaltantes.

Moss se dirigió a la mesa dando un pequeño rodeo al pasar junto al cuerpo de Tommy. Abrió el cajón, sacó las notas mecanografiadas y se las tendió al hombre. Este le echó una rápida ojeada, mientras el segundo cubría con su arma a ambos periodistas.

—¿Quieto, Tommy! —aulló Moss.

El muchacho que se había puesto en pie, vacilante, acababa de lanzarse a las piernas del segundo de los ladrones. Este se apartó con un ágil quiebro de cintura, y volvió a golpear a Tommy con su arma. Lo hizo una, dos veces y luego se incorporó. Entonces, aun cuando solo por un segundo, Moss le vio la cara. Y grabó aquellos rasgos en su memoria. No se borrarían de ella por mucho tiempo que pasase, porque es la suya una raza que no olvida fácilmente.

Luego los dos hombres ganaron la puerta.

—Quietos, muchachos o volveremos —dijo uno de ellos—. Si alguno de vosotros abre esta puerta antes de haber contado veinte, dispararemos contra él.

Y cerraron tras de sí. Elmer Moss se inclinó sobre Tommy. La cara del

muchacho aparecía llena de sangre.

Fue a la cubeta del agua, llenó un vaso de cartón y roció con su contenido la cara de Lane. El chico abrió los ojos.

—Loco —dijo suavemente Moss—. Bravo, pero loco.

—Se llevan los...

—Se llevan los que tú mañana puedes mecanografiar de nuevo, muchacho —dijo en voz baja—. Acuérdate de las notas taquigráficas que tengo en mi bolsillo.

Se puso en pie y el muchacho lo imitó tambaleándose. Luego, presa de náuseas incoercibles, vomitó mientras Moss le sostenía la cabeza.

Cuando salieron, con lo primero con que tropezaron a la entrada del salón de redactores, fue con el cuerpo del portero de noche. Lo habían golpeado brutalmente y amarrado con cuerdas. Al ver los nudos, Moss puso los labios como si fuese a silbar.

Luego, dejando que Tommy cuidase del hombre, se dirigió al teléfono.

* * *

Jordan se subió el cuello de la chaqueta y saltó ágilmente el seto. Una mano, de uñas largas y sangrientas como garras, levantó la cortina y se movió el aire, en silencioso saludo.

Martin dejó el pasto y salió a la calle. Estaba completamente vacía. Apretó la culata del revólver con la mano en el bolsillo y anduvo por la acera mojada, que reflejaba temblorosamente las luces de los faroles.

Cuando llegó a la avenida South Dakota vio un taxi parado junto a la acera. Al aproximarse a él, una mano salió por la ventanilla.

—Eh, amigo —dijo el taxista. Y Jordan reconoció al que le había traído—. Lo llevo de vuelta, seguro.

Jordan maldijo su imprevisión. No había querido tomar el coche de Lucía por no correr el riesgo de ser visto al intentar aparcar en algún sitio y he aquí que el mismo hombre lo veía por segunda vez en la misma noche.

Por otra parte no podía ni soñar en regresar al centro de la ciudad andando. Cada uno de sus minutos era precioso.

—Lléveme a Burr —dijo metiéndose en el coche.

Al cruzar Main Street, el taxista dio un brusco frenazo que sacó a Jordan de su estupor.

—Pero ¿qué le dije? —gruñó el taxista—. Ya están otra vez ahí esos tipos, interrumpiendo el tráfico.

Un coche de la policía se les cruzó raudamente. Jordan pudo ver los rasgos tensos del conductor durante la fracción de un segundo. Seguían buscándolo. Todo era cuestión de tiempo y acabarían por encontrarlo. Pero no podía dejar de luchar. *No podía* sencillamente.

Cuando llegaron a Burr, Jordan le hizo detenerse ante una droguería abierta aún. Despidió al taxista, entró en el establecimiento y se acercó al teléfono. Detrás de la fuente de soda sólo había un hombre viejo que dormía apaciblemente con el gorro blanco ladeado. Depositó un níquel en la ranura y marcó.

El teléfono tintineó una y otra vez, sin que nadie lo cogiese. Por fin levantaron el auricular y una voz femenina dijo:

—¿Eres tú, Elmer? ¿Qué es lo que te hace retra...?

—No soy Elmer, señora Moss —dijo Jordan en voz baja—. ¿Es que no está su marido?

—¿Quién lo llama? ¿Quién es usted?

—¿Está o no está en casa, señora Moss?

—¿Qué pasa? ¿Es que le ha ocurrido algo?

Jordan cortó. Su frente estaba perlada de sudor frío. Si Moss fallaba... Si le hubiese ocurrido algo... No, no podía ni siquiera pensar en ello.

La calle Burr es una transversal de Main. Grandes bloques de viviendas y oficinas se levantan a uno y otro lado de la calle, y un comercio sí y otro no, son bares, tabernas y clubs nocturnos.

La taberna The Quean estaba situada casi esquina a Burr, pero no se abría a ésta sino a un callejón que terminaba en una tapia baja. No eran muchos los que conocían aquel sitio y, desde luego, ninguno que figurara en las asociaciones de padres de familia.

The Quean estaba regida por un albanés que se decía musulmán, pero que no tenía inconveniente alguno en descamar un jamón o vaciar un par de botellas de «chianti». La taberna había sido cerrada muchas veces por la policía, pero siempre volvía a abrir a los pocos días. Todo el mundo sabía que Kouridis era un confidente, pero un confidente doble; es decir, que lo mismo soplaba a la policía lo que a ésta le interesaba saber, que avisaba al objeto de las sospechas. Por ello se le dejaba tranquilo.

Jordan empujó la puerta y se halló en un rellano pequeño y mal iluminado. Detrás de una cortina había seis o siete gradas que conducían al salón. Martin abrió la cortina y pasó.

Sentados al corto mostrador había diez o doce hombres. En las mesas adosadas a la pared había otros diez o doce. Varias caras se volvieron hacia él.

Kouridis estaba detrás del mostrador.

Jordan bajó las escaleras y se dirigió lentamente al mostrador. Llevaba la mano hundida en el bolsillo de la chaqueta y cualquiera podía advertir el bulto del arma en ésta. Su traje, arrugado y mojado por la lluvia, su barba crecida y su pelo despeinado lo hacían parecer casi un vagabundo.

Al llegar al mostrador se paró. Dos hombrecillos de imbecilizada cara de dipsómanos se apartaron para hacerle sitio. Jordan se dirigió directamente a Kouridis.

—Hola, míster Jordan—dijo el albanés.

—¿Dónde está Ralph —preguntó Jordan—. ¿Dentro?

—No, míster Jordan, no lo he visto...

—Voy a pasar ahí dentro —dijo Jordan—. Voy a pasar y como esté ahí Ralph te vas a comer los bigotes.

—La policía estuvo aquí, míster Jordan—dijo Kouridis. Su mejilla izquierda se movía repentinamente en un tic continuo—. Lo andan buscando, míster Jordan. Yo pondría tierra por medio.

—En cuatro horas habéis cambiado mucho todos, hijo de perra. «Todos». Ayer todavía me lamíais los zapatos cuando estuve aquí. No sé si vendrá la policía o no vendrá, pero lo que si hay es que voy armado y una de las primeras balas será para tu tripa. ¿Lo has entendido?

El «tic» nervioso se acentuó perceptiblemente. Luego, sin mover casi la boca, el albanés dijo:

—...Ahí atrás... Amenáceme más alto, míster Jordan.

Jordan movió la mano dentro del bolsillo y su boca se movió con rapidez. Los dos borrachos contemplaban la escena con trabajosa atención. Alguien se movió en una de las mesas.

—Te voy a desengrasar, cerdo, te lo advierto.

—Y Noly también lo anda buscando, míster Jordan. Yo no quiero saber nada de sus asuntos. Más le valdría marcharse.

—Si alguien nacido de madre es lo suficientemente hombre como para impedírmelo, que pruebe ahora — dijo en voz alta—, porque voy a pasar ahí dentro. Y si hay algún soplón de los gendarmes, que afine el canto. «Voy a pasar ahí dentro», dijo.

Dio vuelta al mostrador y cogió la manija de la puerta de madera que conducía al salón interior, aquel salón en el que solamente hombres importantes entraban. Hasta el día anterior él había penetrado allí sin amenazar a nadie porque también era «hombre importante».

Abrió la puerta y entró.

CAPITULO VII

El salón era una pieza grande, con una ventana que daba a un patio interior y que ahora estaba cerrada a causa de la lluvia. Se habían conservado los artesonados de roble de la vieja taberna y había cuatro mesas grandes y cómodas, colocadas en cada uno de los cuatro rincones.

Una mujer y dos hombres se hallaban en ese momento en el salón. Estaban sentados ante una de las mesas. Desde luego, y eso lo sabía perfectamente Jordan, Ralph Monelli era lo más parecido a un imbécil con que se había tropezado en la vida. La mujer era una rubia natural, de pintada cara y en el momento de entrar él reía estentóreamente, con la silla en equilibrio sobre las dos patas traseras y las faldas levantadas hasta el nacimiento de las medias.

El otro era Nicky Arezzo, masajista de Ralph y su alcahuete habitual.

Los tres se volvieron al oír el ruido de la puerta y sus tres bocas se abrieron hasta darles un aspecto de estúpidos besugos.

—Ma... Martin —dijo Ralph Monelli.

La rubia dejó caer la silla a su posición normal, pero no hizo el menor movimiento para bajar sus faldas. Arezzo se incorporó:

—Sí, soy yo —dijo Jordan. Miró la botella y los vasos y luego dirigió la mirada a Ralph. El boxeador no estaba borracho, pero había bebido bastante. Como en los últimos tiempos. Sólo que hasta el día anterior lo hacía a escondidas. No me esperabas, ¿verdad, Ralph?

Arezzo se puso en pie, pero Martin lo empujó brutalmente, haciéndole caer de nuevo en la silla.

—Quédate donde estás, Nicky. También quiero hablar contigo.

Se preguntó si en ese momento habría avisado ya Kouridis a la policía. Fuera como fuese no le quedaba mucho tiempo.

—Y ahora, imbécil, me vas a escuchar.

El boxeador apoyó las robustas manos, de dedos manicurados, sobre los bordes de la mesa. Jordan dio un paso atrás y sacó la pistola.

—Si no quitas las zarpas de ahí, tiraré sobre ti Ralph. *Tiraré a matar.*

Ralph retiró las manos. Su cara, que hubiese sido bella a no ser por la nariz partida y las huellas de los golpes recibidos en el «ring», cuando comenzaba su profesión como «sparring», se había puesto pálida.

—Martin, yo... ¿Qué diablos vienes a buscar aquí? ¿No sabes que la policía...?

—Me vas a escuchar, Ralph —repitió Martin Jordan—. Me vas a escuchar lo que no quisiste escuchar ayer. Eres un imbécil, pero no es eso lo que he venido a decirte. Es lo que pensaba hacer contigo lo que quiero

explicarte. Lo que hubieras podido averiguar por ti mismo si no fueras un estúpido montón de músculos.

—Míster Jordan—dijo Arezzo.

—¡Cállate! Si cuando yo acabe, Ralph no te hace pedazos no faltará quien lo haga por él:

La mujer, que estaba bastante borracha, miraba el revólver con los ojos muy abiertos. Así, con las ropas en desorden y el belfo caído era la misma estampa de la idiotez y el vicio.

Ralph Monelli se removió. Luego abrió la boca, pero Martin no le dio tiempo para hablar siquiera.

—¿Creíste que «esto» —señaló con un ademán la botella, los vasos y la mujer—, lo mantenías oculto? ¿Creíste que eras muy listo, que tus músculos y sólo tus músculos bastaban para ganar pelea tras pelea? ¿Creíste que me engañabas a mí, a tu manager, y que yo no sabía nada de lo que hacías en cuanto volvía la espalda?

—Martin, ya...

—¡Cállate! Ahora me toca a mí. Y, ¿creíste que «ellos» tampoco lo sabían? ¿Creíste que, como tú, confiaban en que tus músculos ganarían los combates? Imbécil. Lo sabían tan bien como yo, mejor aún, porque yo no deseaba que te hundieras, quería hacer de ti un campeón nacional, mientras que ellos lo que querían...

Entornó los ojos. Hubo un tiempo en que apreció aquel hombre, y en que confió en él. Hubo un tiempo en que creyó efectivamente que en sus manos estaba el cinturón de oro de los semipesados. Y lo hubiera conseguido, lo sabía, a no ser porque...

—Lo que ellos querían era que subieses al «ring» con las apuestas veinte a uno a tu favor. El momento que tú piensas que va a llegar para ti, dentro de quince días.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ralph. El color no había vuelto a su piel cetrina.

—¿Que qué quiero decir? Que cuando saltes las cuerdas para pelear con Chris Jorgenssen, Chris te va a destrozar en dos asaltos. Todo lo más en tres. Depende de lo que le ordenen.

Una mueca torció la boca del púgil.

—¿Chris... a mí? Tira esa pistola y entrégate, Martin. Es lo único que puedes hacer, porque ahora sé que estás loco. Tenías que estar loco para matar a esa mujer. Sí, Martin, estás loco.

—No estoy loco, Ralph. Nunca he estado más cuerdo que ahora. No maté a esa chica, pero tú sí estarás muerto cuando tus cuidadores te saquen del *ring* dentro de quince días. Cuando Jorgenssen haya acabado contigo. No te muevas, Ralph, no intentes levantarte porque te meto una bala en un codo o en una rodilla. Donde prefieras. ¿Dónde prefieres, Ralph? No tienes más que elegir y moverte después.

—¿Quién es este tipo? —preguntó la mujer—. Ralph, ¿quién es este tipo?

—¿Qué Chris me va a... —Ralph se echó a reír roncamente—. Lo voy a aplastar como a un gusano. Lo que te pasa a ti es que estás echando baba. Sí, babas, eso es, porque no puedes seguir diciéndome lo que tengo que hacer, porque Salmon ha puesto otro *manager* para que se ocupe de mí. Eso es lo que te pasa, Martin Jordan.

Jordan lo miró. Lo único que sentía por aquel hombre en ese momento era lástima.

—Has sido un buen «chivo», Ralph. Mike Salmon no hubiera podido encontrar otro mejor. Bien se ha cuidado él de que te llenasen la cabeza de humo, de que creyeses que podías ganar sólo con entrenarte tres días a la semana y bien se ha cuidado él de que no supiese jamás quién es Chris Jorgenssen. Imbécil y triple imbécil, Ralph. Yo he visto boxear a Chris, lo he visto derribar a *sparrings* a los que tú, aun perfectamente entrenado, no hubieras podido sacar de la lona. Lo he visto, Ralph, y sé que cuando subas al *ring* con las apuestas veinte a uno a tu favor, cuando el Thermidor Stadium esté lleno y cuando la TV haya pagado cien mil dólares por televisar el combate, no será el dinero de Mike Salmon el que cubra ese veinte a uno. El, por mediación de otros, estará cubriendo la contra. Estará apostando por Chris. El será ese «uno» del veinte a uno.

Sentía rabiosos deseos de fumar, pero no podía hacerlo. Con el rabillo del ojo, miró a Arezzo. Este parecía enfermo. Una palidez grisácea había cubierto su arrugada carilla de mono. Le temblaban las manos.

—Y Chris acabará contigo en dos *rounds*. Te enviará a la lona, Ralph, como si fueses un saco de guisantes. Será la estafa más grande que haya habido en esta ciudad y mucha gente perderá su dinero, pero Salmon se embolsará medio millón.

Ralph cerró los enormes puños.

—¡Estás mintiendo, bastardo! —aulló—. ¡Nadie puede hacerme eso a mí!

—Mike Salmon lo está haciendo, Ralph. Cuando le dije que yo no podía encargarme de ti que no eras más que un vicioso faldero y que no valías para enfrentarte a Chris y que yo no quería hacerme cómplice de esa estafa, Salmon fraguó un crimen en mi propio cuarto. Nadie creería a un hombre al que se busca por asesinato, y si alguien investigaba, ahí estaría cualquiera, Bob Meadows, por ejemplo, para asegurar que tú te encontrabas en las mejores condiciones para enfrentarte con Chris y ganarle el combate. ¿Has oído de alguien que haya visto boxear a Chris, Ralph? ¿Has hablado con alguien que lo haya visto? ¿Conoces a alguno de sus *sparrings*? Chris es muy nervioso, no puede soportar que nadie lo mire mientras se entrena desde que «Negro» Stopper lo noqueó. Eso es lo que te han dicho, pero no es más que una mentira, Ralph, la mentira más sucia

que hayas oído en tu vida.

—No hagas caso, Ralph —dijo Arezzo de pronto—. ¡Está mintiendo! ¿No ves que miente, con toda su cochina boca?

—¿Quién te decía que una copa no te haría daño, Ralph? ¿Quién te proporcionaba esos despojos? ¿Quién te los ponía debajo de la nariz? —añadió señalando a la mujer. Esta se irguió con dignidad de ebria.

—Oiga, amigo, yo... ¿Quién se cree que es para... insultarme?

Bajo la frente calzada de Ralph pareció brotar algo, y dirigió una maligna mirada hacia Arezzo.

—¿No ves que miente? —aulló el masajista—. ¡Ha matado a una fulana y lo van a enviar a la tostalera! ¿No ves que quiere buscar a alguien que cargue con las culpas? ¡Cerdo, te voy a...!

Jordan volvió a empujarle. Era más fuerte que el masajista y lo tiró al suelo. Vio que el boxeador los miraba a ambos con las espesas cejas fruncidas. Las ideas tardaban en entrar en aquel cerebro no habituado a ellas.

—Estás mintiendo, Martin —dijo.

—Sólo quería decírtelo, Ralph. Sólo eso. A estas horas ese marrano de Kouridis habrá avisado ya a la policía y no me voy a quedar aquí. Ahora ya sabes qué es lo que quieren hacer contigo. Que es lo que *harán contigo si eres tan imbécil como para hacerles el juego*. Apártate, Ralph; voy a salir por esa ventana. Cuando vengan los gendarmes puedes decirles que te amenacé con el revólver y por dónde me he ido.

Se dirigió hacia la ventana. En ese momento, Ralph Monelli se puso en pie. Al otro lado de la mesa lo hacía también Nicky Arezzo.

«Si tengo que disparar —pensó Jordan— lo haré. No lo deseo, pero si tengo que hacerlo lo haré, por Dios.»

Y entonces el puño de Ralph se estrelló contra la cara de Arezzo y se la aplastó como si hubiese sido un huevo. El masajista cayó al suelo como un muñeco desarticulado.

Jordan saltó por la ventana. Conocía perfectamente el patio posterior de The Quean y adonde conducía.

—Espera, Martin —dijo Ralph—. ¡Espera, que quiero que me digas...!

Martin no le hizo caso. El patizuelo en forma de L y lleno de latas, cajones de bebida y desperdicios daba sobre la tapia baja del callejón. Jordan dobló el recodo llegó a la tapia y asomó la cabeza. El callejón salvo dos hombres que hallaban a la puerta de The Quean, estaba desierto.

Y entonces oyó una voz a su lado. Se volvió como un tigre y vio al grueso albanés.

—Te avisé Kouridis —dijo—. Una de las balas va a ser para ti.

—No creo que matara a esa mujer, míster Jordan —dijo el tabernero—. No lo creo, pero la policía sí lo cree. Y aquellos dos tipos de allí están para verlo salir a usted. Son policías, míster Jordan.

—Como tú mismo, Kouridis. Tú también eres un soplón. O ¿es que crees que las noticias no corren?

—No lo soy con los amigos —respondió el albanés pacientemente—. Escuche, míster Jordan, si sale por ahí, la policía lo cogerá al momento. Venga conmigo.

Detrás de él oía la voz de Ralph que gruñía algo y los gemidos de Arezzo, al cual debía de estar golpeando.

«No es posible», pensó. «No es posible que tres personas quieran ayudarme en la misma noche cuando tengo a los gendarmes tras los talones. Estas cosas no ocurren. Cuando un tipo está listo, hasta las ratas se apartan de él».

Lo pensó, sí, pero siguió a Kouridis.

CAPITULO VIII

La voz de Tolliver, el mayordomo de míster H. H., llegó a oídos de Elmer Moss.

—Tolliver —dijo el redactor jefe—, supongo que habrá llegado ya míster Harrison.

—Este... sí, míster Moss. Pero me ha dado órdenes de que no le moleste para nada. Eso es lo que ha dicho, míster Moss. Que no está para nadie.

—Está bien, Tolliver, pero tengo que hablar con él. Dígale que se ponga.

La voz irritada de H. H. ocupó el sitio que dejara libre la de Tolliver.

—Elmer —dijo—, no sé lo que pretenderá, pero...

—Lo siento, señor, no quería molestarle y siento interrumpirle, pero ha ocurrido algo.

—¿Qué diablos...? Moss, estoy perdiendo ya la paciencia. Le dije «todo» lo que tenía que decirle sobre ese asunto. ¿Es que no me ha entendido? ¿Es que hablo en griego?

—No habla en griego, míster Harrison, pero quería decirle antes de llamar a la policía...

—¿Policía? —preguntó el otro con una nota de alarma en la voz—. ¿Qué quiere decir...?

—Hay costumbre de llamar a la policía cuando un par de bandidos penetran en una casa, golpean a la gente y les roban —respondió Moss fríamente.

Hubo un corto silencio.

—Repita eso, Elmer.

—Un par de forajidos se han presentado hace unos minutos en el Clarion, han golpeado y atado al portero y se han cebado en Tommy Lane. Y, ¿sabe para qué, míster Harrison? Pues para robarnos la historia que me contó Jordan.

—¡Dios mío! —dijo H. H.—. Pero Elmer..., eso es horrible. ¿Dice que les robaron la historia de Jordan?

—Eso dije, míster Harrison. Y ahora, ¿llamo a la policía?

—Oh... ¿Qué les ha ocurrido...? ¿Cómo está Tommy Lane?

—Ya está mejor. No hicieron más que golpearle en la cara con el cañón de un revólver, pero el chico es duro... No morirá de ello, ni el portero nocturno tampoco. Pero el caso es que lo han hecho, míster Harrison. Y, bien..., *estoy esperando sus órdenes.*

—Yo... Mire, Elmer, si es cierto que no les ha ocurrido nada grave... Bien, no creo que sea necesario que la policía meta las narices en los

asuntos del Clarion. Este... Bien, ya sabe usted cómo son los policías, no necesito decírselo. Todo lo enredan y no acabaríamos nunca.

Moss palideció.

—Me está usted pidiendo que deje creer al portero y a Tommy que cualquier asqueroso asaltante puede golpearles y que nadie va a hacer nada, míster Harrison. Que cualquier bribón puede golpear a uno de «nuestros» muchachos y que no le van a caer encima los cinco pisos del Clarion. Eso es lo que me está usted pidiendo que les deje creer.

—Elmer...

—Y, míster Harrison —le interrumpió Moss violentamente—, supongo que esto, por lo menos, servirá para que tiremos esa edición especial.

—No... No, Elmer. No habrá edición especial. Creo que eso era en lo que habíamos quedado.

La voz de H. H., parecía más firme. Volvía a ser la pared de ladrillo con la que Moss tropezara durante su entrevista.

—¿Ni aún después de esto que ha ocurrido, míster Harrison?

—No, Elmer, creí que eso había quedado zanjado esta noche. Gratificaré a Tommy y al portero, los gratificaré espléndidamente, pero no permitiré que el escándalo roce siquiera mi periódico. Creí que eso había quedado aclarado. Esa historia...

—Esa historia, míster Harrison —replicó Moss procurando que la ira no lo invadiese hasta el punto de insultar al editor—, esa historia está demostrando ser cierta en todos sus puntos y demostrando también que Jordan no es un embustero, al menos en lo que a ella se refiere. ¡Lo está demostrando, míster Harrison! Nos han asaltado para robarnos la historia y...

Vaciló un momento. Tommy lo estaba escuchando mientras se lavaba la cara con un poco de agua. Los ojos del muchacho reflejaban una sorpresa que acicateó a Moss.

—Y, míster Harrison, los nudos con los que nuestros visitantes ataron al portero... «eran nudos de marino». Exactamente como Jordan me dijo que habían atado a la muchacha que encontró muerta en su cuarto. ¿Tampoco le dice nada eso, míster Harrison?

—No me hable así, Elmer. Es usted un buen redactor jefe, pero no es un editor. Yo sé lo que le conviene a *mi periódico* y lo que le conviene no es precisamente un escándalo. ¿No puede comprenderlo, Elmer? Lo siento. El que Jordan le haya contado una historia más o menos verídica no me enredará en una sucia campaña contra...

—¿Eso es todo, míster Harrison? —preguntó Moss fríamente.

—Todo sí, Elmer. Ya le he dicho que Tommy y ese hombre al que golpearon también... Bien, no que darán insatisfechos. Siento mucho lo que les ha ocurrido y ya les hablaré yo mañana. Sabré contentarlos y hacer que olviden ese desagradable incidente. Si ustedes se hubieran marchado a su

casa cuando yo les dije..., nada de esto habría ocurrido. Sí, Elmer, en cierto modo es usted responsable de lo ocurrido a esa gente. Pero de eso ya hablaremos mañana. Mañana, Elmer, le repito.

Y colgó. Moss lo hizo también lentamente. Luego alzó los ojos a Tommy.

—No conozco a ese hombre —dijo dejando escapar su respiración de golpe—. No, no lo conozco. He trabajado para él durante muchos años y de pronto se ha convertido en un perfecto desconocido. Nunca creí que fuera capaz de una cosa así. Les gratificaré Tommy. A usted y al portero. Les dará dinero.

—¿Puedo decirle adonde se puede ir con su cochino dinero —preguntó Tommy.

—No, no puede. —Moss bajó los ojos y los fijó en su mesa—: Llegaron muy a tiempo esos bastardos. Muy a tiempo. Tan a tiempo que pudieron alzarse con la declaración de Jordan sin que pueda explicarme cómo sabían que yo la tenía.

—Jordan ha podido hablar —respondió el chico.

—Y morirse también. A estas alturas no podemos saber si está vivo o muerto. Y eso me recuerda que quizá haya llamado a mi casa. Vamos, Tommy, Tiene que verte eso un médico, pero lleva cuidado con lo que dices. Te heriste con cualquier cosa, el pico de una mesa. Míster Harrison no quiere ni oír hablar de la policía.

—Ni yo, míster Moss. Entonces... no habrá extraordinario...

—No, Tommy, no lo habrá.

—¡Maldi...!

—Cállate, Tommy. Vamos.

Después de hacer curar al muchacho en una clínica de urgencia, donde apenas les hicieron más que las preguntas de rigor, Moss llegó a su casa. Su mujer le estaba esperando en el *living* con un chal echado sobre los hombros.

—Gracias a Dios —dijo—. Creí que te había ocurrido algo. Un hombre llamó por teléfono y...

—Así que llamó al fin y al cabo —dijo Moss pensativamente—. ¿Cuándo?

—Hace..., hace unos tres cuartos de hora o cosa así. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es lo que pasa esta noche?

—Nada, querida. Apenas nada —se dirigió a la cocina, sacó de la nevera una botella de leche y se sirvió un vaso—. Nada en absoluto. Todo está tranquilo.

Y, mientras bebía el vaso de leche, le explicó la historia. Con voz sin inflexiones, monótonamente, le contó *todo* lo que había ocurrido.

—Quédense aquí sin moverse —dijo el albanés. «Aquí» era un cuarto que no llegaría a dos yardas de ancho por tres de largo y en el cual guardaba botellas en sus respectivos cajones.

Kouridis se dirigió a la puerta del patio y pasó al almacén. De allí lo hizo al salón. Al parecer, ninguno de los bebedores se había percatado siquiera de lo ocurrido en el fondo del local. Continuaban bebiendo silenciosamente, hundiéndose poco a poco en una silenciosa embriaguez.

Kouridis lanzó una mirada a su alrededor y luego penetró en el salón interior. La rubia, que había arreglado sus ropas, intentaba, ebriamente, pintarse los labios, murmurando por lo bajo que no continuaría en aquella cochina pocilga, por nada del mundo, con aquellos cochinos bastardos. Ralph Monelli sujetaba aún a Arezzo contra la pared y alzaba la mano de nuevo para pegarle. La cara del masajista era una máscara de sangre.

—Basta —dijo Kouridis—. Basta, Ralph. Hay policías ahí fuera.

Ralph volvió hacia él sus bellos ojos negros en los que había una mirada asesina.

—Cuando acabe con este perro, vas a tener que recogerlo con...

Kouridis lo miró sin responder. Luego salió de nuevo y se dirigió a la puerta de su establecimiento. Había dos hombres parados un poco más allá de ésta. Hizo una seña y los dos se acercaron a la carga.

—¿Ha venido? —preguntó uno de ellos.

—No, pero ahí dentro están golpeando a un hombre.

El policía lo miraba con ira.

—Mira, puerco, si quieres embromarnos...

—Ralph Monelli, está acabando con su masajista —replicó el albanés serenamente—. Lo está matando a golpes. Ahora allá ustedes.

—Ve tú, Jim —dijo el policía que había permanecido mudo hasta entonces—. Yo me quedaré aquí.

—¿Qué quieres, que Ralph me ponga la cara en el trasero de un golpe? Vamos los dos. Lo mismo veremos si viene ese bastardo desde ahí dentro, que desde aquí fuera.

Y ambos penetraron en The Quean. Kouridis se aproximó a la tapia y dijo en voz baja:

—Ahora, míster...

La cabeza de Jordan apareció por encima de la tapia. Saltó ágilmente y se dirigió corriendo hacia Burr. Un momento después había desaparecido.

Los dos policías se precipitaron sobre Ralph Monelli.

—¡Vamos, suelta! —dijo Jim—: Suelta o te vamos a echar la cara abajo a golpes. ¿Qué os habéis creído que es esto? ¡Esos golpes, en el *ring*, cuando nos dejamos la pasta en las apuestas!

Ralph se volvió hacia ellos. Por detrás de ambos policías vio la cara de Kouridis. Este le hizo una rápida seña con la cabeza.

Aquello pareció despejar al púgil. Dos hombres más habían entrado en

la habitación y, parados cerca de la puerta, miraban la escena con aire indiferente.

—Este... —dijo Ralph—. Creo que ha perdido la cabeza.

Jim se inclinó sobre Nicky Arezzo, que había caído al suelo al soltarle Ralph.

—Debes tener cuidado, muchacho, casi le has partido el cuello. No has visto por acá a Jordan, ¿verdad?

Ralph miró a los dos hombres que había en la puerta.

—No —respondió—. No lo he visto.

—¿Vas a ser buen muchacho? —preguntó Jim.

Ralph asintió. Los dos policías echaron de nuevo una ojeada a Arezzo y se dirigieron hacia la puerta. Apartaron a los dos hombres que había parados junto a ella. Al salir definitivamente, Jim dijo:

—No vuelvas a tocar a ese muchacho, Monelli. Y no duermas en el precinto esta noche porque me juego veinticinco pavos a que acabas con Chris Jorgenssen. Pero para ello necesitas a tu masajista, así que a ser buen chico.

Y ambos policías se echaron a reír, aunque no había alegría alguna en sus risas. Hubieran golpeado a Ralph con sus matracas si no hubiese sido porque esperaba ganar veinte a uno con la próxima pelea. El hecho de que Arezzo hubiera sido puesto fuera de combate salvajemente, tenía sólo una secundaria importancia. Whisky, una rubia, la sangre que se calienta en las venas de un «dagoe»... Bien, ¿y qué? «Veinte a uno, compañero». «Este Monelli es un buen chico en medio de todo». «Y cómo pega sobre la lona».

Ralph se volvió hacia los dos hombres de la puerta.

—Bob Meadows quiere verte —dijo uno de ellos. Había sacado un cortaplumas de bolsillo y se limpiaba con él las negras uñas.

—Me... en Meadows —dijo Ralph.

—No querrás que le digamos eso a él, ¿verdad, Ralph? —preguntó el hombre.

—¿Quieres que te coja por los fondillos de los pantalones y te saque a patadas? —preguntó Monelli acercándose lentamente a él. Ninguno de los dos tipos pareció impresionado, pero hubo un ligero cambio en sus actitudes.

—Quiero salir de aquí —dijo la mujer, acercándose a la puerta. Ellos no se movieron.

—Mira, Ralph; cuando Bob dice que quiere verte es que quiere verte. Más vale que te vayas metiendo eso en la cabeza.

—¿Sois los dos lo bastante hombres para obligarme a ir? —preguntó Ralph burlonamente.

—¡Yo quiero salir! —aulló la rubia descompuesta, porque se le estaba pasando el efecto del alcohol—: ¡He dicho que quiero salir de aquí, malditos bastardos!

En la mano de uno de los hombres apareció una pistola. Arezzo, en el suelo comenzaba a volver en sí.

—¿Vas a venir, Ralph, o tendremos que llevarte? No es sólo Bob Meadows quien dice que vayas, lo dice también míster Salmon.

Ralph se quedó quieto.

—¿Voy a ver a míster Salmon?

—Seguro, muchacho. Tú, muñeca, sé buena y no sigas empujando. Ya te diré cuándo quiero que me empujes y dónde. Vamos, sal. Ralph, en marcha. Tú también, Nicky.

Arezzo se incorporó. Tenía los ojos nublados. Ralph lo miró y el hombrecillo le volvió la mirada.

—Vamos, pues —dijo Monelli—. Vamos a ver a míster Salmon.

CAPITULO IX

El teléfono sonó. La muchacha se sobresaltó violentamente y se llevó ambas manos a la boca para sofocar un grito. Luego, como si temiera que fuese a morderle, acercó la mano al aparato, que continuaba sonando de una manera exasperante.

—¿Sí? —preguntó con voz tan baja que por un momento temió que no la hubiesen oído.

—Lucía —dijo la voz de Martin Jordan—, necesito que hagas algo por mí.

—Martin —dijo ella con un sollozo.

—Necesito que hables con Mike.

—¿Ahora, Martin?

—Sí, ahora, pero por teléfono. Quiero que le llames y que la repitas lo que yo te dije antes. Es necesario, Lucía.

—Lo sé, Martin, supongo que lo será cuando tú me lo pides; pero..., querido mío, ¿sabes lo que esto nos puede costar?

—Sé lo que me está costando, Lucía. ¿Lo vas a hacer o no?

La muchacha se sintió avergonzada.

—¿Qué es ello, Martin?

—Necesito que le digas a Salmon que la historia no está ya solamente entre nosotros. Qué alguien más la tiene y, que si hoy no se pone en contacto conmigo antes de que amanezca, la historia trascenderá. Que quiero ponerme en contacto con él, pero ha de ser a través de ti.

—Entiendo, Martin.

—Y, otra cosa, Lucía.

—Qué.

—No te muevas de tu casa bajo ningún pretexto hasta que hayas hablado con Salmon, ¿entendido? ¿Lograste recordar quién era aquel hombre, o al menos cómo era?

—Lo siento, Martin, he estado aquí a oscuras, pero no he podido recordarlo. Y sin embargo me parece que Aggie lo dijo una vez. Sí, creo que dijo quién era, Martin, pero no puedo recordarlo.

Hubo un instante de silencio.

—Procura recordarlo, Lucía; *es muy importante*, cariño.

—Lo sé, lo sé, querido, pero ¿qué puedo hacer? Estoy tratando de recordar... Lo estoy procurando con todas mis fuerzas...

—No habrán matado a Aggie y la habrán puesto en mi cama solamente para echarme a mí la culpa. No a Aggie. Hubieran cogido a cualquier buscona. El resultado sería el mismo... para mí. Procura recordar, Lucía.

Ha de haber un sentido en todo esto.

—Por favor, Martin —dijo ella, desesperada—. Sé que Aggie me habló de que había un hombre muy importante al que tenía comiendo en su mano. Sí, esas fueron sus palabras. Espera... Sí, eso fue. Quería decir que lo tenía bien agarrado por algo. Era... Ahí es donde la memoria me falla, Martin.

—Bien —la voz de Martin denotaba profundo desaliento—. Llama por teléfono a Salmon y repítele lo que te he dicho.

Hubo un pequeño silencio. Luego ella dijo:

—¿Te das cuenta, querido, de que me estás pidiendo que tire por la borda a «Lucía Des Moines»? ¿Podrás conformarte después con Olive McRae? Porque quizá en algún otro lugar pueda volver a bailar después, pero aquí, desde luego.

—Podré conformarme con Olive, cariño.

Repítele eso, Martin.

—Digo que podré conformarme con Olive. Y no quiero que vuelvas a bailar. Si alguien vuelve a verte medio desnuda, seré yo, Olive. ¿Vas a hacer lo que te digo?

—Claro que sí, Martin; aun cuando fuese lo último que hiciese en mi vida.

El teléfono emitió tres secos pitidos.

—¡Llámame cuando puedas! —gritó ella antes de que se cortase la comunicación. Pero ya no oyó la voz de Martin.

Luego, con mano temblorosa comenzó a marcar un número.

CAPITULO X

La habitación era amplia y el decorador no había pasado por alto detalle alguno que pudiera aumentar su confort. Lo había conseguido a costa, quizá, de recargarla demasiado, pero míster Mike Salmon, que cuando llegó a América desde una aldea de la Besarabia rumana se llamaba Mikhal Sholomon, no tenía nada que aponer a la opulencia en el gusto y en la forma. Le gustaban los colores vivos, tanto en corbatas, como en alfombras y cortinas.

Envuelto en una bata verde que se ajustaba a su prominente cintura, fumaba un cigarro grueso al que no había quitado la sortija. Frente a él, Noly, sudoroso, con los escasos pelos despeinados, lo miraba con una mezcla de terror y de ansiedad.

Cerca de la puerta estaba el hombre del cortaplumas, siempre ocupado en la operación de limpiarse una uña negra y desgastada. Apoyado cerca de la pared, Nicky Arezzo miraba alternativamente a Salmon y a Ralph Monelli. Su cara estaba hinchada, tumefacta y uno de sus ojos completamente cerrado.

El boxeador estaba plantado en medio de la habitación, balanceándose sobre sus fuertes piernas y dirigiendo miradas insolentes al promotor.

Por último, un hombre alto, de fuerte complexión, vestido con una chaqueta clara a grandes cuadros malva pálido, estaba de pie ante uno de los sillones, como si acabara de levantarse de él.

—Estás bebido, Ralph —dijo amablemente Salmon—. Has bebido un par de copas y no parece que te hayan sentado muy bien. Más vale que te vayas a casa a dormir. Mañana tienes que entrenarte.

—Me... en los entrenamientos —replicó Ralph. Una batería de miradas permanecía fija sobre él:

—Si vuelves a hablar de esa manera a míster Salmon, soy capaz de romperte la cochina cara —advirtió el hombre de la chaqueta a cuadros. Era Bob Meadows el nuevo *manager* de Ralph Monelli—. ¿Quién te has creído que eres! ¿«Sugar» Robinson?

—Calla, Bob —dijo Mike dando una gran chupada a su cigarro—. El pequeño está muy nervioso, ¿verdad? Siempre se pone un poco nervioso antes de un combate.

Se acercó a Ralph. Sus ojillos, que brillaban duramente bajo las cejas, estaban fijos en los del boxeador. El hombre del cortaplumas se incorporó y dejó de limpiarse las uñas. Su mano se mantenía muy cerca de la abertura de la chaqueta.

—Naturalmente —siguió diciendo Salmon—, hablar con ese

desgraciado de Martin Jordan no ha servido para calmarte, es evidente. ¿Verdad, Ralph? Pero ya sabes cómo ha sido siempre Martin. Un bicho raro, un tipo capaz de inventar veinte historias en otros tantos minutos, ¿verdad, muchachos?

—A mí nadie me ha contado historias —replicó Ralph acentuando su balanceo. La mano de Salmon se posó en su brazo, levemente al principio, como si su dueño estuviera explorando el terreno—. Vamos, vamos, hijo de perra —añadió en tono afectuoso—, no tienes que volver a pensar en todo ello. Martin Jordan no volverá a molestarte. De eso nos ocuparemos... se ocupará la policía. Un hombre que mata a una chica tan linda como Aggie, merece que le sienten en la silla caliente, ¿verdad, muchacho?

—No va usted a envolverme otra vez —respondió Ralph insolentemente—. Martin siempre me llevo bien por donde tenía que ir. ¿Por qué me iba a engañar? Fue hasta The Quean para avisarme, ¿no? ¿Por qué tenía que arriesgarse a ir hasta allí nada más que para contarme una mentira podrida?

—Mira, muchacho, más vale que te vayas a dormir. Mañana hablaremos despacio de todo esto.

—Mañana hablará su abuela. Antes, el hijo de mi madre se va a enterar de algunas cosas que le interesan. Y como lo que Martin me dijo resulte verdad...

Salmon lanzó una mirada a Meadows. Este se dirigió rectamente a Ralph.

—Vamos —ordenó—. Te voy a llevar a casa.

Ralph levantó el brazo y lo descargó con fuerza sobre Meadows. Este esquivó el golpe y el hombre del cortaplumas se puso tras Monelli.

—Quieto, muchacho —le dijo.

Ralph sintió en su espalda el contacto con algo duro. No necesitaba volverse para saber lo que era. Jamás le había amenazado uno de los hombres de Salmon con una pistola, porque él había sido siempre uno de los niños mimados de Salmon. En su poco desarrollado cerebro comenzó a surgir la idea de que había cometido una equivocación. Había oído hablar muchas veces de las cosas que les habían ocurrido a «otros» por ponerse frente a Salmon.

—¿Ves a lo que das lugar? —preguntó Mike sin cambiar el tono de voz—. ¡Lo ves! Vamos, vete a casa con Bob, te he dicho, y duerme hasta mañana. Luego te parecerá que todo esto lo has soñado y nada más. Vamos, vamos, no podemos continuar charlando.

—Yo... —dijo Ralph, tratando desesperadamente de pensar—. Yo... sí, creo que lo mejor será que me vaya a dormir un rato.

—Claro. Ve saliendo.

Y fueron saliendo de la habitación. Salmon hizo un gesto a Arezzo, que se disponía a seguirles. El hombre de la pistola siguió de cerca a Ralph,

pero Bob Meadows quedó dentro del cuarto. Salmon se volvió hacia el preparador y Noly. Sus tres interlocutores sintieron un estremecimiento al ver aquellos ojillos, fijándose en ellos por turno.

—Cuando ese cerdo haya peleado con Chris, le voy a sacar las tripas. Y no va a ser a él sólo sino a todos los hijos de tal que no han podido echar la mano encima a Jordan.

—Mike, te juro... —comenzó Noly. Viendo la mirada de su jefe cerró la boca. Había un brillo homicida en aquellas pupilas pequeñas y negras.

—No tardará en caer —dijo Bob Meadows conciliadoramente—. No puede tardar en caer. El Marino y Tony lo están buscando por todas partes adonde pueda ir... Tiene que caer en sus manos de un momento a otro.

Mike Salmon miró a Arezzo.

—Vete con ese imbécil y si es necesario ponle una inyección. Dale algo para que se calme. Mañana se le habrán pasado los efectos del alcohol y estará más blando. Pero no te separes de él ni un solo momento.

Arezzo asintió y salió de la habitación.

—Poned a alguien armado cerca de Nicky, y en cuanto éste dé una voz, que le echen una mano. Lo mejor será ponerle una inyección, pero no quiero que este animal haga alguna tontería. Hay mucho en juego.

El entrenador asintió, fue hacia la puerta y dijo unas palabras a alguien que había al otro lado. Luego volvió.

—No volveré a hacer nada con imbéciles de ese calibre —se lamentó Salmon, quejumbrosamente—. Prefiero un bribón a un idiota. ¿Quién me mandarían a mí tratar de hacer un campeón de ese cretino? ¿Quién? Y ahora que tiene la ocasión de su vida... me lo paga de esa manera, él muy hijo de perra.

—Y si no pudiéramos... —dijo Bob pensativamente—, y si no pudiéramos llevarlo de la argolla a Ralph...

—No quiero ni pensarlo, Bob, con franqueza —contestó Salmon paseando de un lado a otro y accionando con el puro—. No quiero ni pensarlo, no puede ser. Tiene que pelear con Chris, aunque Chris lo deshaga en el primer *round*. Tiene que pelear, Bob, y es inútil que estemos aquí dándole vueltas al asunto. Peleará aun cuando tengamos que sacarlo al *ring* atado con cuerdas. Pero ¿qué digo?, subirá por su pie, alzando la cabeza y comiéndose a la gente. Las apuestas no deben variar ni un solo tanto cuando Ralph suba al *ring*, dentro de quince días. ¡Quince días! ¡Aún quince días, Cristo! Pero ¿qué habré hecho yo para que me caiga encima todo esto? ¿Qué habré hecho yo?

Bob Meadows no se lo dijo, ni Noly tampoco, porque no lo sabían. En lugar de hablar se miraron uno a otro aprensivamente. Sí, quince días aún. ¿Quién podría decir lo que en quince días...?

El teléfono comenzó a sonar.

Mike Salmon lo cogió mecánicamente.

—Sí, soy yo, Mike —dijo—. ¿Quién...?

Se volvió hacia los otros dos. Bajo las pobladas cejas, aquellos pedazos de carbón echaban chispas.

—Lucía, sí... ¿Qué quieres a esta hora? ¿Qué? ¿Martin Jordan? ¿Que me tienes que dar un recado de Martin?

Cerró la boca y escuchó durante casi un minuto. Volvió a abrirla como si fuera a hablar, pero la cerró de nuevo. A oídos de los otros llegaron los sonos de una vocecilla aguda que hablaba rápidamente. Por fin cesó.

—Muchacha, muchacha —articuló lentamente Salmon. Y Bob y Noly, que lo conocían bien, sabían que detrás de aquel tono afable se escondía el asesinato—. No debes haberlo pensado bien antes de meterte en el lio así. Estoy seguro de que no debes haberlo pensado bien... ¡Lucía!

Dejó el teléfono sobre la mesa.

—Ha cortado —dijo—. Me ha cortado... *a mí*.

—¿Qué era lo que...? —comenzó Meadows.

Y súbitamente Salmon estalló. Lanzó maldición tras maldición, obscenidad tras obscenidad, sin repetirse y aprovechando para ello tan pronto el inglés como el viddisch, el rumano y el ruso. Ninguna de aquellas lenguas las conocía bien, pero sí sus juramentos. Debió emplear todos cuantos conocía. Por fin se calmó y su cara cetrina fue volviendo lentamente a su color natural.

—¿Sabéis lo que me ha dicho esa zorra? —preguntó—. ¿Sabéis lo que se ha atrevido a decirme a mí? Que Martin ha llevado la historia a alguien y que la hará publicar en un periódico de la mañana si no me presto a lo que ella desea. ¿Lo habéis oído bien, muchachos? Tengo que prestarme a lo que desea esa...

—Pero si... —comenzó Noly—. Pero si los papeles los...

—Los tengo yo, sí —respondió Salmon—. Los tengo yo, pero imbécil, triple idiota, ¿crees que la gente aflojará la mosca para ver el *match* si ha habido alguien antes que haya levantado la pieza? ¿Lo crees así? Bob, ¿hablaste con...?

Bob Meadows sonrió desagradablemente.

—He hablado con él, no te preocupes, Mike. Pero Mike, ¿qué es lo que quiere esa chica?

—Verme, eso es todo. Ponerse de acuerdo conmigo. El muy imbécil no sabe que a estas horas las pruebas no existen ya. Podrá contar la historia otra vez, o podrá amañarla de nuevo ese periodista, pero no le va a servir de nada, porque aún nos quedan unas horas. De momento —una sonrisa parecida a la de Bob, pero más odiosa, se extendió por su boca de corcho—. Noly, sal de aquí. Procura estar en contacto con ese chico nuevo, el marino. El llama cada cuarto de hora, ¿no?

Noly asintió sin hablar. Luego salió de la habitación. Salmon dijo a Meadows:

—Me ha costado mucho dinero este asunto y no estoy dispuesto a que ningún nacido de madre me lo estropee, ¿lo oyes? No estoy dispuesto. Voy a concertar una entrevista con Martin. Voy a hacer que crea que me he tragado su historia y voy a sacarle las condenadas tripas en cuanto lo tenga a mi alcance. Si, todo eso voy a hacer. Y si no hubieseis sido tan estúpidos tú y todos esos hombres que no sé de dónde has sacado, a estas horas, Martin estaría con las tripas a la intemperie y yo iba a ver a esa mujerzuela de Lucía con la cara hecha una pura llaga.

—Pero Mike...

—No volveréis a fallar ninguno de vosotros, de eso podéis estar seguros. No volveréis a fallar. Por de pronto, ocúpate de que Ralph no vuelva a desmandarse o alguien vaya a creer que se sentó sobre la tapa de la estufa, ¿lo entiendes, Bob? De ese bastardo de Martin me ocuparé yo personalmente.

Se paró delante de su secuaz y le apuntó con el cigarro. La lumbre de éste estaba a una pulgada escasa de la cara de Meadows, pero el manager se guardó muy bien de retirar el rostro no de pestañear siquiera.

—Matar a la chica... Y me dijeron de San Luis que ese hombre era bueno, que era de toda confianza... Y lo único que se le ocurre es despachar a Aggie.

—Mike, recuerda que tú dijiste... Recuerda que...

Mike le acercó más el cigarro. La punta de éste se aproximaba peligrosamente al ojo de Meadows.

—¿Qué, Bob? ¿Qué? Yo dije asustarla, solamente para hacerle un favor a «ese». Eso es lo que dije yo. Asustarla porque lo estaba chantajeando o lo iba a chantajear, y «ese» ha prometido portarse bien. ¿O no fue eso lo que dije, Bob?

—Sí, Mike, eso fue. Asustarla solamente —Bob se rindió con armas y bagajes y se tragó la verdad—. Eso fue lo que dijiste, Mike, ahora lo recuerdo.

Apartó el cigarro de las proximidades de su párpado.

—Claro que sí. Necesitábamos a «ese» y a ti se te ocurrió la idea de compaginar ambas cosas. Darle un susto a Martin y deshacernos de Aggie, que ya comenzaba a molestar. ¿No se te ocurrió a ti esa idea, Bob? ¿Verdad que fue a ti?

—Sí, Mike, por supuesto que sí, ahora lo recuerdo.

—Y yo entonces te dije que un susto, pero que nada más. Y ese cerdo de marinero de Boston no tuvo nada mejor que hacer que despenarla. Bien, pero eso lo voy a arreglar yo con Martin Jordan.

Tendió la mano hacia el teléfono, pero antes de que llegase a tocar éste, el aparato se puso a sonar. Sorprendido, Mike retiró la mano instintivamente. Pero Luego lo cogió.

—Sí —dijo con voz neutra—. ¿Eh? ¿Qué? Mire yo... Yo no sé nada de

eso y usted no tenía por qué haber llamado aquí... Está bien, yo cuelgo.

Se volvió hacia Meadows. Quizá por primera vez desde que lo conocía, éste vio algo parecido al miedo brillar en los ojos de su jefe.

—¿No te lo estaba diciendo, Bob? —dijo furioso—. ¿No te lo estaba diciendo? Ese cerdo de Boston ha ido dejándose la tarjeta de visita por todas partes. Sí, Bob, ¡maldita sea vuestra alma negra y podrida! Ese cerdo ha ido haciendo nudos marineros por todas partes donde ha puesto las patas. ¡Bob, esta noche va a haber un imbécil menos y me gustaría ser yo mismo personalmente quien le echase mano al corazón!

Tiró el cigarro a medio fumar.

—No vamos a perder un solo instante, Bob —dijo hundiendo la cabeza entre los hombros, como un inmenso galápago—. Ni uno solo, Bob. Escucha bien y procura no fallar esta vez y que no falle ninguno de esos tipos.

Y comenzó a hablar, mientras su secuaz asentía de cuando en cuando. Habló casi durante cinco minutos.

CAPITULO XI

El teléfono sonó. Moss se volvió hacia él mientras los ojos de su esposa seguían sus gestos con mirada intranquila.

—¿Quién es? —preguntó Moss.

—Soy Jordan—dijo una voz—. Ya lo he hecho, Moss. No sé cómo va a acabar esto, pero ya lo he hecho.

—¿Ha hecho qué?

—He hurgado al tigre en el morro dentro de su propio cubil. ¿Va usted a ir conmigo hasta el final, Moss?

Moss miró a su esposa. Esta, con la cara muy cerca de la suya, estaba escuchando también la voz.

—Escuche, Jordan, quiero que me diga usted una cosa. ¿Ha cantado usted alguna vez, una sola vez esta noche?

—¿Cantado?

—Sí. ¿Ha hablado con alguien de lo que me dijo?

—Lo he hecho con una mujer.

—¿Tiene usted confianza en ella?

—Ahora sí.

—¿Completa, Jordan?

—Sí —la voz sonaba firmemente. Moss suspiró.

—Está bien. Pues esa gente estaba muy al tanto de nuestros movimientos. Me asaltaron en el periódico para robarme lo que usted me había dictado. Se llevaron la copia mecanografiada, pero gracias a Dios pude esconder mis notas en taquigrafía.

—Es extraño —fue la respuesta—. Bien, Moss, ¿qué va usted a hacer? ¿Va a tirar esa edición extra?

—No, Jordan. El editor del periódico se niega a ello. No podré hacerlo. Salga usted de la ciudad. Si necesita dinero dígamelo y procuraré proporcionárselo. Tiene| usted que salir de la ciudad.

—¿Me lo dice a mí —preguntó Jordan con amargura—. Si mañana no saca usted la historia a relucir, acabarán conmigo. Ya han estado a punto de pescarme y la policía acabará por cogerme. No puedo estar siempre huyendo. Me cogerán.

—Habrà algún abogado que le pueda... —Moss se calló bruscamente. Decirle a aquel hombre que podía salir del embrollo en que se encontraba, de alguna manera legal, parecía una ironía.

—Bien —dijo Jordan al cabo de un momento—, lo siento. Tendré que hacer frente a Salmon. Pero va usted a poder anunciar una cosa en su periódico mañana, Moss. La muerte de uno de estos dos hombres: Martin

Jordan y Mike Salmon. Adiós y gracias por todo.

—Espere —dijo Moss, sintiendo que apenas podía hablar de lo reseca que tenía la boca—. ¡Espere!

—¿Qué hay? Apenas dispongo de tiempo, Moss.

—Aún en el caso de que yo tirase esa edición especial..., aun en ese caso, podría matarlo para vengarse. Y yo habría perdido mi empleo inútilmente.

—¿Dice eso el hombre al que le partieron el brazo? Bien, Moss, no puedo perder más tiempo. Voy a matar a Salmon o Salmon me matará a mí. Lo siento. No me queda otro recurso, si usted no tira esa edición. Es lo único que podrá salvarme. Adiós, y gracias, Moss.

La mano de mistress Moss se posó sobre el brazo de su marido. Este tenía los ojos levantados hacia ella

Ambos se comprendieron perfectamente. Muchas veces les había ocurrido eso en el curso de veinte años de matrimonio.

—Voy a tirar esa edición especial, Jordan—dijo por fin Moss—. ¡Y que Dios se apiade de usted y de mí y de todos! Lo voy a hacer. ¿Me oye, Jordan? ¡Jordan!

Pero la comunicación se había cortado.

Moss colgó lentamente el teléfono.

—No sé si me habrá oído siquiera —dijo con los dientes apretados—. Pero, Betty, voy a hacerlo. Dame el gabán. Y, querida, no abras a nadie esta noche. Y si alguien intenta entrar en casa, chilla, chilla como no lo hayas hecho nunca en tu vida. ¿Me has entendido?

Ella afirmó silenciosamente. Con la cabeza gris rodeada de papillotes para rizarse el pelo, no estaba bonita, pero Moss se sintió invadido de una oleada de ternura al mirarla.

—Mucho cuidado, querido —dijo ella. Y su voz no tembló al decirlo.

Luego, Moss cogió el teléfono y marcó el número de Tommy Lane.

* * *

El coche policíaco dobló la esquina con un áspero chirriar de frenos cuando las llantas resbalaron sobre el asfalto mojado. Martin Jordan colgó el teléfono precipitadamente y se pegó a la chapada madera del cubículo.

El droguero levantó la vista al ver parar el coche. Dos policías de uniforme entraron, haciendo resonar el piso con sus botas.

—¿No va a cerrar hoy? —preguntó uno de ellos. El droguero movió la cabeza afirmativamente.

—¿No ha entrado nadie aquí?

—Alguien entra aquí de cuando en cuando. Hay gente que quiere un helado. Maniáticos, ya sabe. O una medicina.

—No haga chistes, viejo —respondió el policía con voz impersonal. Se

apoyó sobre el mostrador. Jordan sintió que su corazón latía tan violentamente que temió pudieran oírlo los otros. El viejo Dogherty le había saludado muchas veces, había bromeado con él y él le había facilitado algún pronóstico de cuando en cuando. Pero una acusación de asesinato...

—Vamos —dijo el segundo policía mirando a su alrededor—. ¿No ha pasado nadie por aquí? Ya sabe a quién nos referimos, no se haga el listo o nos ocuparemos de su licencia cuando toque renovarla.

—No he visto a nadie sospechoso —respondió Dogherty sin apartar la vista del cajón de la registradora—. Voy a cerrar, caballeros.

Los dos policías miraron de nuevo en torno suyo y uno de ellos reparó en la casilla del teléfono. Jordan sintió que su frente se cubría de sudor y su mano apretó más la culata de la pistola. Pero en ese momento una voz ronca llamó desde el coche y los dos policías salieron a la calle. Un momento después el automóvil patrullero reemprendía la marcha.

Dogherty apagó la luz, no dejando más que una solitaria bombilla en el punto de conjunción entre la tienda y la trastienda. Martin salió de la cabina limpiándose el sudor con el pañuelo.

—Gracias, Dogherty —dijo.

—Márchese —respondió el viejo droguero—. No lo he denunciado porque ignoro si cometió usted o no ese asesinato. Fíjese bien que no digo que sea usted inocente, sino que no sé si lo cometió o no. Váyase ya.

Martin salió a la calle. De nuevo volvía a llover y agradeció aquella lluvia. Retrasaría el amanecer, y él temía el amanecer. Temía el momento en que no pudiese seguir ocultándose en la sombra de una puerta, tras la verja de un sótano...

Y... al fin y al cabo, ¿qué importaba? Si no lo cogían al amanecer, lo cogerían media hora más tarde, pero todo era cuestión de tiempo. Pasado el plazo que el destino hubiera acordado concederle, una mano se posaría en su hombro y esa mano iría seguida de un brazo cubierto de una camisa azul de policía. O bien serían Noly y el marinero quienes dieran con él antes que los agentes de la ley.

Se apoyó en la pared y por un momento deseó estar muerto. Al menos, pensó, descansaría. Descansar... Descansar...

Se irguió y continuó su marcha, apretando los dientes, pasado el mareo. El sitio a qué se dirigía no estaba lejos. Se trataba de esa calle estrecha, bordeada de casas de dos pisos que serpentea entre Burton y Main, cerca del parque de Olivelle.

Una hora antes aún brillaba una bombilla roja sobre cada una de las puertas. Pero ahora todas las luces rojas estaban ya apagadas.

Apretó el timbre de una de ellas y esperó un momento. No fueron más que dos o tres minutos. Luego una voz que brotaba justamente enfrente de él dijo:

—Está cerrado ya. Lo siento pero no puede usted pasar.

—Quiero ver a Nelly, Jim —dijo Martin.

—Váyase al... ¿Quién ha dicho que es?

—Avisa a Nelly, Jim. Vamos, abre esa puerta, quiero hablar con ella.

La puerta se abrió y Martin pasó al interior. Sólo entonces se encendió la luz. Frente a él había un hombre de baja estatura con un hombro más alto que otro.

—No puede entrar aquí, míster Jordan—dijo el hombre. Llevaba una mano en el bolsillo del pantalón y éste parecía muy abultado.

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz desde lo alto de la escalera.

Martin levantó la cabeza.

—Quiero que me hagas un favor, Nelly —dijo—. Quiero que me dejes una de tus habitaciones durante media hora.

La mujer que descendía la escalera tendría unos cuarenta años. Era alta y delgada y su cara, muy maquillada una hora antes, tenía ahora una espesa capa de afeitado blanco que impedía ver sus facciones.

—Si ese hombre da un paso más, mátalos, Jim —dijo—. ¡Es el asesino de Aggie!

Los ojos del jorobado brillaron bajo las espesas cejas.

—No hagas tonterías, muchacho —dijo Martin dando un paso atrás—. No me importaría darte la botella. Tengo una pistola en la mano y te mataré antes de que puedas apretar el gatillo.

—Vete, asesino —dijo Nelly—. Vete antes de que llame a la policía.

—Yo no maté a Aggie —respondió Martin mirándola—. Y alguna de tus muchachas sabe con quién estuvo Aggie ayer por la tarde antes de que la mataran y pusieran su cadáver en mi cama.

El jorobado intentó sacar la mano del bolsillo. Jordan sacó la suya antes y le golpeó con el cañón del arma entre los ojos. Fue todo tan rápido que Nelly tenía aún la boca abierta para lanzar un grito cuando él se la tapó con la mano.

—Cállate o hago lo mismo contigo —dijo en voz baja y vibrante—. ¡Cállate, Nelly, más te vale! No vacilaré en disparar.

Los ojos de la mujer se fijaron en los suyos. Luego levantó una mano.

Jordan le destapó la boca. Nelly hizo una larga inspiración. Su bata se había abierto y enseñaba la pierna desde la cadera hasta el zapato de tacón alto. Tenía las piernas largas y bien formadas, pero Martin no las miraba siquiera, aunque antes de conocer a Lucía Des Moines le habían parecido las más bellas de la ciudad.

—No maté a Aggie, Nelly —repitió—. No tenía motivo alguno para matarla, ni era a mí a quien ella hacía chantaje.

—¿Quién entonces, Martin? ¿Quién fue el bastardo que la mató?

—Salmon. Es decir, Salmon fue la voz que lo ordenó. Un hombre que lleva un tatuaje en la mano, un hombre que hace nudos marineros fue

quien la estranguló.

Los ojos de Nelly se abrieron desmesuradamente. Luego dio media vuelta como si fuera a marcharse. Jordan la cogió del brazo.

—¡Quieta! —ordenó brutalmente—. ¿A dónde te has creído que vas a ir?

—¡Alice! —llamó Nelly—. Suéltame, Martin, Alice vio a ese hombre del que me acabas de hablar. ¿Has oído lo que te digo? Alice lo vio. ¡Alice!

Dos puertas se abrieron en el corredor alto, sumido en la penumbra. Varias caras se asomaron a las puertas y una muchacha sin más ropa que un corto camisón con encajes, apareció en lo alto de la escalera.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz soñolienta.

—Alice —dijo Nelly con voz súbitamente endurecida—, ¿con quién se fue Aggie ayer por la tarde? Describe al hombre que se la llevó. *Vamos, estúpida, date prisa* ¡Descríbenoslo!

CAPITULO XII

La muchacha se le quedó mirando durante un momento. Luego, lo abrazó estrechamente. Nelly encendió un cigarrillo contemplando a ambos impassible bajo su máscara de crema.

Luego salió silenciosamente.

—No hay nada que hacer —dijo Jordan acariciando el revuelto pelo de la joven, constelado de diminutas gotas de agua—. Esta vez han ganado ellos, como siempre, cariño.

—¿No hay nada...? ¿No hay nada que hacer? ¿Seguro? Entonces ese periodista...

Los ojos de él le explicaron con suficiente claridad lo que quería saber.

—¿Entonces?... Tienes que huir. ¡Tienes que huir!

—No —respondió él apretando los dientes—. No voy a huir. Si quieren mi piel la van a tener, pero al precio que yo quiera cobrar por ello.

Se apartó de Lucía y sacó la pistola del bolsillo.

—La van a tener —repitió con una mueca feroz—. Pero les va a costar cara. Lo que quiero es que te vayas tú, Olive. Tienes que salir en el primer tren.

—No —respondió ella resueltamente.

—¡Tienes que hacerlo! No quiero que te maten a ti también, ¿lo oyes? Vas a salir de la ciudad aun cuando tenga que sacarte de ella a rastras.

—Prueba a hacerlo. No tengo miedo ya, Martin. Puedes probar a hacerlo.

Las miradas de ambos chocaron. Ella había alzado retadoramente la cabeza y los ensangrentados labios formaban una raya de determinación.

—No lo voy a hacer, Martin y es inútil que digas una palabra más.

Un sombrío resplandor fulguró en las pupilas de Martin. A ella le pareció casi de regocijo.

—¿Sabes a lo que te expones, Olive?

—Sí.

No había más que hablar, en realidad. Durante un momento se besaron con furia y él sintió sobre el suyo el cuerpo de la joven. Una oleada, en la que se mezclaron el deseo, la desesperación y el vago anhelo de que todo aquello no terminara de esa manera, los envolvió. Por un instante no fueron más que uno solo. Cuando deshicieron el abrazo, sabían que nada en el mundo podría ya separarlos.

Salieron. Nelly los esperaba en la puerta. Los miró con la misma falta de expresión.

—Siento haberme equivocado contigo, Martin —dijo—. ¿Puedo echarte

una mano?

—Ya lo has hecho, Nelly, Ahora somos dos a saber que no maté a Aggie. Pero no me va a servir de nada. No podrás declarar por mí en un juicio.

—Nadie haría caso de mis palabras —repuso Nelly sin entonación alguna—. Pero una mujer como yo tiene los tentáculos largos y a veces los puede meter en la salsa de los demás y estropeársela.

Martin, con el talle de Olive fuertemente apretando contra sí, les miró.

—¿Quién era el hombre a quién Aggie intentaba chantajear? —preguntó.

—No lo sé y te aseguro que si lo supiera te lo diría. Aggie no debió hacer eso jamás pero tampoco era como para matarla. Lo único que quiso fueron unos dólares extra. Un hombre rico bien podía dárselos.

—¿Cómo sabes que era rico, Nelly?

—Aggie lo dijo. —Entre la espesa capa blanca, sus ojos brillaron como un par de ventanas abiertas de pronto—. Espera un poco. Martin. Ahora recuerdo una cosa. Aggie dijo que era una persona que odiaba a las mujeres en general, pero que a ella la necesitaba. No le hice mucho caso porque Aggie no estaba en primera fila cuando repartieron cerebro, pero ahora me acuerdo que no lo dijo con el tono con que lo hubiera hecho si él hubiera sido un hermafrodita cualquiera. No, quería decir que prescindía de las mujeres, pero que de vez en cuando tenía que ver algo con alguna.

Martin se encogió de hombros.

—Eso no es gran cosa, Nelly, pero ya no importa. *Ya no importa nada.* Y yo tengo algo que hacer.

—Suerte, Martin. Y a ti también chica. Martin sí que es un hombre, de eso puedes estar segura.

—Lo estoy.

Y un minuto después estaban en la calle. Esta tenía un aspecto grisáceo y al darse cuenta de que apenas se veía. Martin lanzó una exclamación.

—Niebla —dijo aspirando una bocanada de aire.

—Sí —respondió ella—. Y ahora ¿qué?

Había un mundo de desesperanza en aquellas palabras, pero no de temor. Tomó el brazo de él y lo apretó contra su pecho. Sintió en su costado la presión del revólver.

—Voy a darles en el bajo vientre —respondió él—. Voy a ir a buscarles donde no crean que me van a encontrar.

A lo lejos oyeron, amortiguado por la niebla, la sirena de un coche policíaco. Ambos se miraron. Una pálida sonrisa curvó los labios del hombre.

—Vamos.

La casa donde estaba alojado Ralph Monelli era un edificio de dos pisos que diez años antes perteneciera a un banquero que se suicidó. Cinco

gradas conducían a la puerta y a ambos lados estaban las escalerillas de los bajos protegidas de la calle por verjas de hierro forjado. Martin descendió las de la derecha y tocó la puerta de madera. Estaba cerrada, desde luego.

—Mantente siempre detrás de mí —dijo quedamente— y, sobre todo, no me estorbes si me ves retroceder.

Y añadió:

—Cariño ésta va por ti y por mí.

Sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura. Esta no hizo el más leve ruido. Un momento después ambos estaban dentro.

Como la casa fue arreglada al gusto del banquero que la ocupó antes, éste había convertido ambos pisos bajos, el de la derecha y el de la izquierda, en cocinas y cuartos para la servidumbre. El que ellos eligieron era la cocina.

Ahora estaba completamente vacía. Hacía bastante tiempo que no se usaba. Martin encendió una cerilla y miró a su alrededor hasta que encontró la puerta. Un gran animal pasó entre ellos y la muchacha dio un respingo.

—Quieta —le ordenó Martin.

Abrió la puerta y se encontraron en el rellano de una escalera. Ascendieron ésta y salvaron otra puerta sin cerrar.

Ya estaban en el cubil.

Tomó el brazo de la joven con su mano izquierda y fue guiándola hasta la primera puerta. Esta era la de Nicky Arezzo. Apoyando en ella el oído oyó los desiguales ronquidos de un hombre que padece vegetaciones nasales.

Pero no era a Nicky Arezzo a quien buscaba. La siguiente puerta era la del cuarto del entrenador. Es decir, había sido el suyo propio hasta hacía pocos días y lo sería de Meadows.

Y por fin, el último a la izquierda casi donde el corredor hacía un recodo, era la de Ralph.

El corazón de Martin golpeaba contra sus costillas cuando cogió la manija de la puerta y la bajó.

Conocía la casa mejor aún que la suya propia. Sabía que a la derecha estaba el interruptor de la luz y que al fondo se encontraría las dos camas gemelas, en una de las cuales dormía Monelli. Apuntó hacia el sitio donde se encontraban y con la mano izquierda oprimió el interruptor.

La habitación se inundó de luz.

—No te muevas —dijo Martin.

Frente a él, Monelli se incorporaba con la cara abotargada por el sueño y el alcohol, mirándolo con ojos de sorpresa. Pero no estaba solo. Extendido en la otra cama y con las ropas puestas, estaba Meadows.

Este fue quien primero reaccionó. Llevó la mano a la almohada, intentando meterla entre ésta y la sábana. Martin comprendió que no le

quedaba más remedio que una solución y no vaciló en emplearla. Conocía poco a Meadows. Sabía que era un manager fracasado, pero había tenido muy poco contacto con él. Ahora se trataba de un problema de supervivencia. No disparaba contra un hombre, sino contra un arma que lo mataría si no se daba prisa.

Tiró y la bala fue a enterrarse en el vientre de Meadows. El disparo retumbó como un cañonazo en el silencio de la casa.

—¡Quieto, Ralph! —gruñó Martin, mientras Olive se llevaba las manos a la cara en un gesto instintivo—. ¡Te mato si te mueves!

Se oyó el ruido de una puerta que se abría y la voz de Arezzo que preguntaba qué diablos ocurría. Martin empujó a Olive y él mismo se pegó al tabique, a un lado de la puerta.

Arezzo asomó la cara guiñando los ojos. La pistola descendió sobre su cráneo y Martin Jordan sintió el júbilo del soldado que va coronando todos sus objetivos satisfactoriamente. Estuvo a punto de gritar «¡Dos!», pero se contuvo a tiempo.

—Martin —dijo Ralph—, Martin...

—Levántate, imbécil, y procura salvarte. ¿Quién más hay en la casa?

La voz de su ex entrenador galvanizó al boxeador.

—Hay otro hombre, pero no sé dónde está. Yo... Yo, le dije a Mike que no quería...

—¡Cállate! Olive, vete al fondo de la habitación.

La muchacha obedeció y Martin Jordan apagó la luz con un seco movimiento. Lo hizo justamente a tiempo. Un resplandor naranja brotó del pasillo y la bala se enterró en el quicio de la puerta.

Luego, un ruido de pasos precipitados le anunciaron a Martin que el hombre huía.

—¡No lo dejas escapar, Martin! —chilló Ralph, echándose fuera de la cama—. ¡Por amor de Dios, no lo dejes escapar!

Martin se tiró al suelo a gatas en el pasillo, pero ningún disparo saludó su presencia. A lo lejos una puerta se cerró violentamente.

Se puso en pie.

—Vámonos —dijo—. Vámonos porque dentro de poco esto va a ser un avispero.

CAPITULO XIII

—Las máquinas están ya preparadas, míster Moss —dijo Tommy Lane asomando la cabeza por la puerta del despacho del redactor jefe. Este levantó la mirada y la cruzó con la de su subordinado.

—Pues vamos allá.

El salón de redactores no presentaba ya aspecto fantasmal, porque la mayor parte de las luces estaban encendidas. Había tres o cuatro hombres con el pelo revuelto y los ojos brillantes sentados ante una de las mesas, asomados por encima del hombro de otro que leía unas galeras con rapidez. De vez en cuando uno de ellos le apuntaba un dato, una fecha o un lugar, y él hacía una corrección.

—Terminamos pronto, míster Moss —dijo el que escribía. Luego hizo un gesto con el pulgar y el índice formando un anillo y agitándolo en el aire. Moss repitió el gesto maquinalmente y descendió la escalera que conducía a los talleres.

Y he aquí que éstos estaban en plena actividad. De una ojeada, Moss abarcó el espectáculo de las prensas preparadas, de los maquinistas cada uno en su puesto, las manos en los interruptores, de los linotipistas sentados en sus sillas, un espectáculo tan familiar para él como sus propias manos y, sin embargo, en este momento tan distinto por su significado, que se sintió lleno de un orgullo que hizo asomar lágrimas a sus ojos.

—Sí —respondió—, la hemos armado. Pero, Tommy, nada podría detenemos ahora.

Se puso las manos en la boca y gritó innecesariamente, pero como una válvula de escape para su emoción.

—¡En marcha las máquinas!

Y el gigantesco mecanismo de un periódico que comienza a hacerse se puso en marcha.

Tommy Lane cogió el primer número y sin decir una palabra, en mudo tributo, se lo entregó a Moss. Las cabeceras aullaban, literalmente: «¡Salmon al descubierto!» «¡El más sucio de todos los asuntos del «box» puesto a la luz del sol!»

«La gigantesca estafa del combate entre Monelli y Chris Jorgenssen» presenta su envés».

—Los repartidores están listos —dijo el jefe de los muchachos apareciendo en la puerta—. Tengo...

No terminó la frase. Lo apartaron de un empujón y una alta figura ocupó su lugar. El abrigo de Howard Harrison no caía en elegantes pliegues, como de costumbre. Su sombrero no aparecía milimétricamente

colocado sobre su cabeza, sino francamente ladeado y llevaba los guantes de piel color manteca hechos un ovillo en su mano.

—¡Elmer! —aulló—. ¿Qué está haciendo, bastardo?

Jamás su patrón, ni siquiera afectuosamente, se permitió llamarle así. Moss se volvió lentamente hacia él.

—Tirando «mi» edición especial —dijo—. Eso es lo que estoy haciendo, míster Harrison.

—¡Fuera! ¡Paren esas máquinas! —bramó el editor con la cara convulsa dando un paso hacia delante. Tommy Lane se apartó instintivamente. Pero Moss continuó tapando la entrada.

—No, señor —dijo con calma—. Esas máquinas no van a parar hasta tanto no haya bastante papel para inundar la ciudad. ¿Lo oye, míster Harrison? Hasta tanto no tenga papel bastante para inundar la ciudad entera y ahogar con él toda la basura. Eso es lo que voy a hacer y no va a haber nadie que me lo impida, así sea lo último que pueda hacer en mi vida.

* * *

Desde el final de la calle vieron como el coche de la policía doblaba la esquina en dos ruedas y se detenía ante la casa.

—Vamos —dijo Jordan. A su lado la sintió tiritar a la muchacha y no podía ser de frío porque no lo hacía en realidad.

—Vamos, sí, pero ¿adonde? —preguntó Lucía.

El rostro que se volvió hacia ella había perdido parte de su tensión. Al lado de ambos Ralph Monelli parecía una estatua.

—Voy a buscar al hombre que hace nudos marineros. Y cuando lo encuentre, si no puedo entregarlo a la policía, lo mataré. Una vez que ese asesino haya muerto, te juro que no me va a importar lo que me ocurra a mí. ¡Ralph!

El boxeador se volvió hacia él. Aún no parecía darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Iré contigo, Martin —asintió.

—No, imbécil. Quiero que vayas a la policía y...

Se detuvo a tiempo, al mirar la cara del púgil. Fuese lo que fuese lo que Salmon le hubiese hecho o pensado hacer, ante sí había un hombre que no iría con el cuento a la policía. Desde niño había aprendido a odiar a ésta. No lo haría.

—¿Policía? —preguntó.

Martin tomó rápidamente una determinación.

—Esta es una noche de brujas —dijo, cogiendo del brazo a la joven, que había tropezado. La niebla estaba resolviéndose en una lluvia más gruesa que empapaba las ropas de los tres. Aún no había amanecido.

—Vamos a tu casa, nena —añadió.

—Yo voy con vosotros —dijo Monelli. Parecía un niño pequeño que no quiere separarse de sus padres.

—Lárgate. Vete antes de que Salmon suelte sus perros tras ti —le ordenó Jordan.

El otro movió la cabeza. Se habían alejado de la calle donde estuviera su casa, pero aún se oían las sirenas de los coches policíacos, que seguían llegando.

Luego, delante de ellos sintieron el chirrido de unos frenos.

—Vienen por ahí —dijo Lucía. Martin la empujó hacia uno de los portales y, ocultos por la cortina de agua, vieron el coche llegar a una velocidad suicida.

—Ahora —dijo Martin.

Pero cuando echaron a andar, el boxeador lo hizo tras ellos.

Martin miró su reloj. Eran exactamente las cinco de la mañana y a no ser por la cortina de nubes, el sol estaría comenzando a salir por encima de las Montañas Blancas.

Los primeros camiones del reparto de leche pasaban lentamente, los vigilantes nocturnos volvían a sus casas y los primeros trabajadores cruzaban rápidamente. El día llegaba.

Un taxi pasó por su lado y el conductor sacó la cabeza curiosamente por la ventanilla. Martin le hizo señas y subieron a él. Un momento después rodaban hacia «The Highs».

La barriada donde vivía Olive McRae no se había despertado aún. Al menos la vida no se había volcado aún hacia la calle. Martin pago al taxista, y se volvió hacia Ralph. El boxeador parecía despejado.

—Está bien, tú lo has querido. Entra en la casa.

Monelli se pasó una mano por los mojados cabellos.

—Crees que me asustan esos tipos, ¿no es cierto?

Martin sacó la mano armada de la pistola.

—No lo sé, Ralph, pero no importa ahora. Te di tu oportunidad anoche y no la aprovechaste. Quiero que entres en esa casa. Quiero saber si hay alguien escondido dentro de ella.

El taxi se había ido alejando lentamente. Vieron la cabeza del taxista que se volvía a mirarlos.

—Vamos, Ralph —ordenó Jordan.

De pronto la boca torcida del boxeador se abrió en una sonrisa.

—¿Crees que les tengo miedo a esos hijos de perra? Ahora vas a ver lo que es un hombre.

Dio media vuelta y entró en el pequeño jardín. Jordan miró a la muchacha. Esta tenía oscuras ojeras en torno a los párpados y había levantado el cuello de la chaqueta para cubrirse de la lluvia. Vieron como Ralph llegaba a la puerta, metía en la cerradura la llave que le había dado

Olive y empujó el entrepaño.

Nada ocurrió.

Ralph vaciló un momento en el umbral y luego entró. De una casa cercana salió un hombre que abrió la puerta de su garaje silbando, para sacar el coche.

—Vamos —dijo Martin empujando a Lucía y manteniendo firmemente sujeta la pistola—. No han llegado aún. Hemos llegado primero nosotros.

Cruzaron el jardín rápidamente y penetraron en la casa y la oscuridad —estaban aún corridas las cortinas— los envolvió. Hubo un instante de silencio y...

La luz se encendió.

—Hola, Martin —dijo Noly—. Hola, hijo de perra. Los dos juntos, ¿eh?, los dos juntitos. No, no te muevas, muchacho, porque te meto una bala en la tripa. No te muevas, Martin Jordan, porque te juro que te meto una bala en la sucia tripa.

Al lado de Jordan, Olive dejó escapar un largo suspiro. Todo había terminado.

CAPITULO XIV

Junto a Noly había un hombre alto, huesudo, vestido con un traje de mezclilla color castaño, y de pelo muy rubio. Bajo unas cejas del mismo color, dos ojos azules miraban fijamente a Jordan. Fue a éste al que primero miro Jordan.

—Creo que Mike quiere hablar contigo, Ralph —dijo Noly—, y me figuro que no va a ser muy agradable para ti lo que tiene que decirte. No, no va a ser muy agradable.

—Al primero que se me acerque, le arranco la cabeza —exclamó Ralph de pronto—. A ver quién es el primero que me va a poner la mano encima.

Los ojos azules del hombre del traje de mezclilla se dirigieron a él. Desde donde estaba, Jordan vio la mirada que dirigía al boxeador y entonces comprendió muchas cosas. Comprendió el cadáver que había encontrado en su cama la tarde anterior y supo quién había sido el asesino de Aggie. Estaban ante un matador nato. Un hombre que mataría incluso sin sacar de ello beneficio alguno. Por puro placer de matar.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó a Noly. El calvo le apuntaba a él, como si no concediera importancia alguna a Ralph.

—Ya lo sabrás cuando te ponga la mano encima.

—¿Como a Aggie? Mi cuello es más fuerte que el de aquella chica y yo tengo puños. A mí no podría atarme al respaldo de una cama.

El hombre del traje castaño dio un paso hacia él, silenciosamente, como un gato.

—Quieto, chico —dijo Noly—. Aquí, no. Donde puedas darle a gusto.

Pero su voz no sonaba demasiado firme. A él le hubiera gustado ver hundirse aquella cara a puñetazos. Y le hubiera gustado también que Scalo lo viera desde donde quiera que estuviese. Que viera cómo Jordan perdía a un tiempo su cara, y su virilidad, por ejemplo.

—¿Sabéis que la policía nos viene siguiendo? —preguntó de pronto.

Noly se volvió hacia ella.

—¿Qué dices?

—Que la policía vino detrás de nosotros. ¿No os lo dijo el hombre que se escapó de la casa de Ralph?

—No quisiera estar en tus zapatos, Noly —dijo Jordan, remachando el clavo—. Por lo menos, cuando la policía tenga en sus manos a este tipo y yo le diga que Aggie tenía las manos atadas con un nudo marinero.

—¡Cuida... —gritó Olive angustiada.

Porque el marino había caído sobre Jordan. Dio un salto de casi tres metros, sin esfuerzo aparente, y derribó a Martin al suelo. Dos brazos

larguísimo se enroscaron al pecho de éste, privándole de la respiración. La herida comenzó a dolerle como si estuvieran hurgando en ella con un hierro al rojo.

—¡Quieto, Ralph —ordenó Noly—. ¡Deja a esos dos que peleen!

Jordan había logrado meter una de sus rodillas entre su cuerpo y el del marino y apretaba con ella cuanto podía, comprendiendo que si la brutal presión seguía, perdería el conocimiento.

Sintió que el cuerpo del otro cedía un poco y le metió el codo entre las costillas. Luego tuvo la sensación de que sobre él caía la torre de la iglesia de San Piran y perdió el conocimiento.

El marino se puso en pie, balanceando sus largos brazos y con una mueca que difícilmente podría tomarse por una sonrisa en su cara.

—Flojo —dijo solamente.

Noly observaba a Ralph por debajo de sus espesas cejas. El boxeador abría y cerraba las manos mientras miraba a Jordan, tendido en el suelo, y al hombre que lo había derribado. Le hubiera gustado en aquel momento enzarzarse en una pelea con el marino. La pistola de Noly se imponía, pero cualquier pequeño resquicio sería perfectamente aprovechado por un hombre que hacía del golpear su oficio y su única misión en la vida.

El marino lo comprendió así.

—¿Quieres tú? —preguntó—. ¿Quieres tú un poco también?

—Aquí no —dijo Noly intranquilo—. Vamos a sacarlos al coche antes de que sea demasiado tarde. Está aclarando a todo gas. Vamos, te he dicho que no.

Jordan comenzaba a volver en sí. Respiró profundamente, mientras la muchacha se arrodillaba a su lado, y lanzó un quejido.

Noly había cogido el teléfono con la mano izquierda y se lo tendió al marino.

—Llama —ordenó.

El otro obedeció. Marcó las letras y los cuatro números y esperó un momento. Desde la calle les llegó el ruido de puertas que se cierran. Los vecinos comenzaron a salir de sus casas.

El marino tendió el teléfono a Noly. Este lo tomó. Para hacerlo, le dio su arma al otro.

—¿Oiga? —dijo—. Sí, claro que los tengo. No, no les ha ocurrido nada. ¿Los llevo para allá?... Bien, de acuerdo. No, no, aquí, desde luego. Sí, de acuerdo. No creo que tengamos mucho tiempo, pero pueden esperar hasta la noche que viene. Allí estarán seguros. No, no, señor. O.K.

Soltó el teléfono y tomó de nuevo la pistola de las manos del marinero.

—Vais a salir hasta el coche de Lucía —dijo—. Después daremos un paseo.

—¿Ya no piensas en entregarme a la policía? —preguntó Jordan. Estaba tratando desesperadamente de encontrar alguna solución. Pero la

cabeza le dolía, el pecho le ardía y sus ojos se nublaban.

Noly se acercó a él. Apartó a Lucía de un empujón, que envió a la joven al suelo.

—Tú y ésta vais a ir derechos a los infiernos. Tú y esta golfa que se ha querido reír de nosotros. Pero antes te voy a dar donde más te duela, te voy a dar hasta que no pueda más. Y ella lo va a ver. ¿Crees que no sabíamos que estabais los dos liados? Cobrabas de Salmon y lo engañabas con su chica, ¿no?

Levantó el pie. Olive lanzó una exclamación de cólera y se lo cogió. Al perder el equilibrio, Noly manoteó con los brazos y la pistola dejó de apuntarles. Fue ese el momento que escogió Ralph para lanzarse sobre el marinero.

Su puño chocó contra la cara del asesino y lanzó a éste contra la pared. Ralph no perdió el tiempo y se le fue encima. Entonces se llevó una sorpresa.

Aquel hombre no sería un boxeador profesional, pero era un luchador durísimo. Pese al golpe de Ralph, que éste había aplicado con toda su fuerza, no había perdido el conocimiento. Se apartó y el puño de Monelli dio contra la pared. Se escurrió debajo del brazo del boxeador, giró sobre sí mismo y le hundió los pulgares en la cara buscando los ojos en una llave japonesa que falló por sólo unos milímetros.

Martin se había incorporado ya, mientras Olive tiraba de la pierna de Noly para evitar que éste pudiera recobrar el equilibrio. Martin le dio una patada al gordo en la cara y el aullido de dolor de Noly fue su recompensa. Un momento después estaba sobre él tratando de quitarle la pistola, al tiempo que procuraba impedir que Noly disparase.

Aterrado, Ralph, comprendió que en aquella lucha no le salvaría ningún árbitro del juego sucio de su rival. Cuando la rodilla del ágil marino se le hundió en el estómago, haciéndole abrir la boca presa de arcadas, supo que aquel hombre lo mataría o lo lisiaría para toda la vida si no lograba adelantársele con alguna treta. Conocía muchas, sí, pero el problema era que le dejasen utilizarlas.

Martin le puso la rodilla a Noly sobre el bíceps del brazo y dejó caer todo su peso sobre ella. La pistola cayó a tierra y Olive la cogió.

Martin se levantó de un salto y ella le tendió el arma, mientras Noly aún boqueaba de dolor. La situación había cambiado, al menos en lo que a él se refería. Al volverse vio como el marino golpeaba de nuevo a Ralph, se apartaba y después sacaba algo del bolsillo del pantalón.

—¡Tira eso! —ordenó. El marino se volvió ligeramente hacia él. Lo que había sacado era un puño de hierro, ese espantoso objeto lleno de fuertes puntas que deshace la cara de aquellos a quienes se golpea. Ralph lo miraba fascinado, como si no pudiera comprender que alguien fuese capaz de utilizar aquello.

—Tira eso —ordenó Martin.

El marino los midió a los tres con sus frías pupilas olor de agua sucia. En su vida había visto Jordan dos ojos más helados.

—Ya le han dado al gordo —dijo sin entonación alguna—. Bueno, así podremos entendernos.

—Yo te voy a dar a ti —respondió Ralph con los dientes apretados, dando un paso hacia él. Martin lo paró en seco:

—¡Quieto! No vas a tocar a ese hombre antes de que lo entregue a la policía.

—Le voy a...

—Ahora —repitió el marino —podremos entendernos.

Y en ese momento oyeron el rugir de las sirenas policíacas. Martin palideció.

—¡Tienes que salir de aquí! —exclamó Olive, cogiéndolo del brazo:

—Ese hombre fue el que asesinó a Aggie, y Nelly y alguna de sus chicas podrán reconocerlo como el que salió con ella —respondió Jordan.

—Hágalo —fue la seca respuesta del marino—. Hágalo. Yo podré demostrar dónde estaba a la hora que sea. Usted no podrá demostrar sino que estaba con la chica. Vamos, hágalo. Hubiéramos podido entendernos, pero es usted un bastardo y un idiota.

Las sirenas se habían detenido ante la puerta de la casa. Olive se asomó a los visillos y dijo con voz tensa:

—Están ahí ya, Martin. Vienen con el taxista que nos trajo.

—Es tarde ya para usted, mi amigo —repitió el marino con un brillo de satisfacción en los ojos—. Ya es tarde. Va a ir a la caponera, y de allí a la cámara de gas, directo.

Martin levantó la pistola.

—Te llevaré por delante, asesino —dijo—. En cuanto alguien intente abrir esa puerta tú y Noly vais a morir.

Y todos comprendieron que decía la verdad. Noly lanzó un gemido animal y el marino contempló a Martin con nuevo interés.

—¿Nos va a liquidar, idiota? —preguntó—. Lo matarán a usted.

—Pero no me encerrarán en la caponera —respondió Jordan. En este momento volvió a toda su lucidez y comprendió que estaba cometiendo una tontería, pero ya era demasiado tarde.

En la habitación había cinco personas. Los ojos de los otros cuatro estaban fijos en él.

—Ralph, puedes salir. Diles a éstos, que tengo aquí a los asesinos de Aggie. Que los mataré si alguien traspone esa puerta. No nos van a coger vivos a ninguno.

—Pero Martin —dijo el boxeador con voz ronca.

—¡Sal! Vamos rápido, ¡sal!

Varias sombrías figuras cruzaban el jardín a la carrera. Ralph miró por

última vez al que fuera su entrenador y llegó a la puerta en tres saltos. Tenía miedo y no intentó siquiera ocultarlo. Abrió y desapareció.

—Coloca eso contra la puerta —dijo Martin mientras en el exterior resonaban recias órdenes.

«Eso» era uno de los sillones que encajaban justamente bajo el picaporte. En el mismo instante en que ella lo hacía encajar, una voz les ordenó a todos que saliesen con las manos en alto.

Y ya ninguno habló. Olive apagó la luz y se colocó junto a Martin. Ya no temblaba ni sentía miedo alguno. Si había de llegar su última hora, la encontraría al lado del único hombre que para ella existía. En esas condiciones, la muerte no le importaba.

—Buen imbécil está usted hecho —comentó el marino con voz fría—. ¿Cuánto cree que va a aguantar así?

Martin no le contestó, porque él tampoco lo sabía. La voz continuaba ordenando que fueran saliendo con los brazos en alto.

Luego, todo quedó en silencio por espacio de varios minutos.

CAPITULO XV

—Venga usted —dijo H. H.

Moss irguió su pequeña estatura.

—Es tarde ya, míster Harrison.

—¿Cree que no lo sé? Venga, he dicho.

Moss lo siguió. Uno de los redactores más antiguos apartó a Tommy Lane y se colocó junto a los periódicos que iban saliendo de la rotativa. Un grupo de hombres silencioso, pero decididos, aguardaban en el pasillo. Harrison salió entre ellos con la cabeza alta y la cara muy pálida.

Al llegar a su despacho, Harrison se quitó bruscamente el sombrero. Luego se volvió hacia Moss.

—Supongo que se dará cuenta de lo que ha hecho, Elmer.

Moss asintió. Examinaba a su patrón con fijeza de hipnotizador.

—Tiene usted mi dimisión encima de la mesa —dijo—. Es lo primero que hice al llegar aquí esta madrugada.

Harrison cogió el papel, lo leyó y luego lo rompió en diminutos trozos, que dejó caer al suelo. Todo ello sin dejar de mirar a Elmer fijamente.

—No, Elmer, no quiero para nada su dimisión —dijo al asombrado redactor jefe—. No me serviría de nada... ahora. Pero quiero que pare usted las prensas.

Moss se puso a tartamudear de pronto.

—Lo sabe usted de sobra. Sabe todo lo que hay que saber sobre este asunto. Al menos —añadió pensativamente—, sabe lo suficiente como para tener derecho a saberlo todo.

Tenía la cara muy pálida y las mandíbulas apretadas. La mano con la que encendió el cigarro temblaba.

—Quiero que pare usted las máquinas porque la noticia que está usted dando es incompleta. Y no quiero que periódico alguno la dé antes que nosotros.

Moss dio la vuelta a la mesa y se enfrentó con el editor.

—Me lo estaba figurando, míster Harrison. Todo el tiempo lo he tenido ante la vista, pero había algo en mí que se resistía a creerlo. ¡Fue usted quien avisó a aquellos bribones de que estábamos preparando la historia de Jordan, Tommy y yo!

Harrison asintió sin rehuir su mirada.

—Sí, fui yo. Necesitaba aquellos papeles, como jamás necesitaré cosa alguna. Jamás pude suponer que entre tantos miles de personas de la ciudad, ese Jordan iría precisamente a verlo a usted. Cuando lo hizo y usted me lo dijo, comprendí que no me quedaba otra cosa por hacer sino

tratar de recuperarlos. Compréndalo, Elmer, trate de comprender. Significaba mucho para mí. Lo significaban todo.

—Pero... ¿fue usted quien...? ¡No! ¡Dios, usted no pudo ser quien matara a aquella chica! Pero... Bien, no había más que una sola persona que pudiera haber avisado a aquellos bribones, y era usted, pero supuse... ¡Yo qué diablos sé lo que supuse! Intentaba explicármelo pensando que quizá se hubiera usted vuelto loco..., pero... ¿que matara a la chica? Eso jamás...

Moss se calló con los ojos desorbitados. Sentía un nudo en la garganta y deseos de echarse a llorar.

—No, Elmer, no la maté yo. Pero la mataron por mi culpa. Y luego tuve miedo, mucho miedo. No tenga nunca miedo, Elmer, es el sentimiento más horrendo, el más vil que pueda sentir una persona. Lo convierte a uno en un animal, en un cobarde o en una fiera sedienta de sangre.

Un «tic» nervioso contraía epilépticamente el lado derecho de su boca. Moss no habló. Se limitó a ponerle la mano sobre el brazo. Era el gesto mudo que Harrison necesitaba. Pareció calmarse.

—Me chantajeaba. Fue una debilidad mía de una noche, pero cuándo la dejé, ella sabía quién era yo, y lo que quería, lo que ambicionaba. Ya no me dejó. Me pedía dinero continuamente, poco al principio. Después..., Después me pidió algo más. Me pidió que me casara con ella y me prometió que con una mujer de su cerebro no habría sitio alguno al que yo no pudiera llegar. ¡De su cerebro, cuando no era más que una pobre imbécil! Cuando no se limitó a pedir, sino que exigió, comprendí que ya no quedaba más que una solución: tenía que desprenderme de ella, fuese como fuese. Y no vi otra solución que...

Se detuvo un instante. Miró por la ventana y su voz bajó gradualmente de tono.

—¿No comprendió usted que era ponerse en manos de otros, aún peores que esa pobre idiota? —preguntó Moss. Pero es tan inútil el «¿por qué no pensaste?», cuando la leche ya está derramada, que se calló.

—Lo supe en seguida, pero ya era tarde, también. Yo lo único que quería... —se volvió hacia Moss y éste supo que decía la verdad—, yo lo único que quería era que la asustasen, que me la quitasen de encima, que se la llevaran a otra parte. Jamás pensé que la asesinarían fríamente, aunque bien mirado... debí suponerlo. Y eso era lo mejor para ellos, naturalmente.

—Desde luego —respondió Moss amargamente—. Tener una espada colgada sobre el principal editor de periódicos de la ciudad. Bien, señor, creo que no vale la pena que sigamos hablando de este asunto. ¿Qué es lo que piensa hacer, señor?

Harrison se irguió. Sus ojos volvieron a brillar.

—Vamos a seguir adelante con esa edición, Elmer, pero modificada. En

ella vamos a contar la historia completa. ¿Qué ha ocurrido con Jordan?

—Este... No sé si llegué a tiempo de que me oyera, cuando le dije que iba a sacar la edición extraordinaria. Supongo que a estas horas lo habrán encontrado ya. Si lo han encontrado los gorilas de Salmon, podríamos insertar la esquila en el periódico.

Se desentendió de ello con un movimiento de la mano. Aquello era cosa pasada y asuntos más urgentes reclamaban su atención.

—Pero no he entendido bien lo que usted quiere hacer, míster Harrison. ¿Qué es lo que quiere que modifiquemos? —cogió el teléfono y estableció comunicación con las máquinas instantáneamente—. No pensará usted...

—Yo mismo voy a escribir la cabecera, Elmer. Usted vaya dictando todo tal y como se lo he contado yo a un taquígrafo... Ya sabe... Cómo un hombre por una maldita hora tonta, por una hora completamente imbécil, puede llegar a convertirse en un asesino y verse envuelto en una malla de la que ya no podrá salir. Díctele todo eso, Elmer, y vaya mandando hacer un grabado con mi firma.

Elmer Moss tragó saliva penosamente.

—Pero, míster Harrison...

—Calle, Elmer, y dedíquese a escribirlo. Hágalo como nunca hizo cosa alguna. Elmer, porque el *Clarion* va a dar el «pisotón» más importante de toda su historia. Mucho más importante que los que usted y Lane dieron en sus tiempos. Mucho más porque va a contar una historia que a todos, grandes y chicos, hombres y mujeres, les va a interesar. Va a contar mi historia.

—Y..., ¿qué va a hacer usted después?

H. H. no contestó y Moss no quiso repetir su pregunta. Luego, el editor dijo:

—¿Qué espera, Elmer? Son órdenes.

Moss colgó el teléfono después de dar un par de órdenes. Miró a su jefe y se dirigió a la puerta. Ya en ella se volvió y desanduvo el camino. Tendió la mano a Harrison y éste se la estrechó con fuerza. Fue, probablemente, la primera vez que los dos hombres tuvieron aquel gesto.

Luego, Moss corrió hacia el cuarto de redactores.

No habían pasado treinta minutos cuando volvió de nuevo con un fajo de papeles en la mano. Harrison estaba escribiendo muy aprisa, en un papel, pero lo tapó al entrar su redactor jefe.

—Veamos —dijo. Leyó para sí, moviendo la cabeza en gesto de asentimiento, de cuando en cuando, al tropezar con alguna frase. Luego levantó la mirada.

—Está perfectamente, Elmer. ¿Cuánto papel se ha tirado ya?

—Setenta mil, míster Harrison.

Harrison se puso en pie.

—Por primera vez en su historia el *Clarion* va a tirar tres ediciones en un día. Dos ediciones extraordinarias, Elmer.

Sus ojos tenían un brillo fanático. Elmer Moss no tuvo inconveniente alguno en ponerse mentalmente en su lugar. Él también hubiera sentido aquella excitación, al cabo de tantos años de lucha pacífica por conseguir una noticia extraordinaria, que casi nunca revestía caracteres verdaderamente extraordinarios.

Dos ediciones extra... Una ligera pesadez pareció espesar la sangre del redactor jefe en sus venas. Dos ediciones extra...

—La segunda, con su historia —dijo implacablemente. Harrison asintió. No estaban hablando de él como persona, estaban hablando de él como *noticia*. En aquel momento no se les ocurrió a ninguno de los dos pensar qué sería de Harrison después de aquello. Estaban confeccionando un periódico, no preocupándose de un problema humano.

CAPITULO XVI

Hasta entonces, ninguno de los policías había disparado, pero cuando el hombre del altavoz dejó de conminarles a la rendición, la primera andanada de tres pistolas atravesó los entrepaños de la puerta.

Al suelo —dijo Jordan apoyándose en la pared y dirigiéndose a los otros dos, mientras Olive permanecía a su lado—. Al suelo, si preferís vivir un poco más. Porque en cuanto intenten echar abajo esa puerta, seréis los primeros en morir.

Los disparos volvieron a morder la madera. Noly y el marino se arrodillaron, pero sus ojos no se apartaban de Jordan. Este sabía exactamente lo que estaban pensando. Que llegaría un momento en el cual él se distraería y, en ese momento, ambos le saltarían encima. ¡Porque siendo como eran hombres acostumbrados a manejar las armas, estaban seguros de que dentro de un momento los policías comenzarían a dirigir sus disparos hacia abajo.

—No sea usted loco —dijo el marino sin perder la tranquilidad—, quizá no lo cuelguen al fin y al cabo.

El megáfono sonó de nuevo. Un policía les anunciaba que iban a disparar gases lacrimógenos si no salían pronto de allí. Martin Jordan sonrió, mientras pasaba su brazo izquierdo sobre los hombros de la muchacha. Abrió.

—¡Mataré a los dos tipos que hay conmigo! —aulló—. Si dan un solo paso más o intentan lanzarnos algo, les juro que los mataré. ¡No van a encontrar ni uno solo con vida aquí!

—Supongo —dijo el marino cuando la voz de Jordan se apagó— que no estará usted pensando en hacer eso que dice.

—No —dijo Noly, lívido—. Claro que no... ¡Cristo, Martin, no puedes matarnos así a sangre fría! ¡No puedes hacerlo!

Los disparos habían cesado. Evidentemente, los policías estaban conferenciando, y Martin sabía que no pasaría mucho tiempo sin que intentasen algún truco.

—No va a quedar más remedio que matarlos —dijo Olive después de un silencio adivinando su pensamiento—. No va a quedar más remedio, Martin.

Apenas había hablado hasta entonces, pero ahora lo hizo con una energía tal que Martin se sintió lleno de orgullo. Era una digna compañera para un hombre.

La frente de Noly estaba cubierta de gruesas gotas de sudor.

—¡No, Martin, Cristo, no puedes hacer eso con nosotros!

—Cállate —dijo el marino despreciativamente—. Cállate y muere como un hombre cuando te toque la suerte, Y usted, amigo, ¿para qué diablos quiere prolongar esto? Dispare si tiene los suficientes riñones como para hacerlo. Esta mujerzuela podrá suplicarle, pero yo no le voy a dar el gusto. Lo que le daría sería una patada en...

Y dijo dónde. Martin sonrió torcidamente.

—Ahora tú —le dijo a Olive sin volverse—, dispara si cualquiera de ellos mueve siquiera una mano. Yo voy a enseñar a ese bastardo a dejar cadáveres en las casas de los demás.

Se acercó al marino, que lo miraba con sus ojos helados, y le golpeó en la mandíbula con el cañón de la pistola. El golpe fue tan violento y aplicado con tal saña que el otro cayó hacia atrás como un saco, partidos los dientes y hendidos los labios. No perdió el conocimiento y siguió mirando a Martin con los mismos ojos de odio frío y reconcentrado.

—No —Martin—dijo Olive, temblando ligeramente—. Lo otro. ¿Para qué vamos a perder tiempo? Lo otro, Martin, lo otro.

Martin asintió. Fue hacia ella y la rodeó con su brazo izquierdo. Luego levantó el revólver.

Noly lanzó un alarido y se dejó caer de rodillas.

—¡No, Martin! —suplicó—. ¡No lo hagas, Martin, por Dios! ¡No puedes hacerlo!

Y en ese momento oyeron el griterío en la calle.

—Mira lo que ocurre —ordenó Martin a la muchacha.

Ella se acercó a la ventana y miró. Luego se volvió hacia Jordan. Había una expresión extraña en sus ojos.

—Están leyendo algo —dijo—. Están leyendo un periódico, Martin.

El corazón de éste casi dejó de latir.

—Un periódico... —comenzó. La vista se le nubló ligeramente y sintió un peso intolerable en el estómago—. ¿Habrà hecho ese hombre...?

—¡Jordan! —graznó el altavoz de la policía—. No haga ninguna tontería, Jordan. ¿Nos escucha? ¡No haga ninguna tontería! ¿Nos escucha?

Martin afirmó con la cabeza. El marino se iba incorporando lentamente, pero aquello tenía poca importancia.

—Sí —dijo. Pero la voz apenas salió de sus labios. De súbito la joven abrió la ventana y lanzó un alarido de salvaje gozo. Luego, mientras los policías avanzaban con toda clase de precauciones por el jardín, se echó sobre Martin y se abrazó estrechamente a él. Este fue el cuadro que los policías vieron cuando entraron.

* * *

Elmer Moss abrió la puerta del despacho de Harrison y se detuvo en el umbral. Llevaba un periódico húmedo aún en la mano.

Harrison yacía tendido sobre la mesa y de su frente salía un delgado hilo de sangre. El ruido de las prensas había apagado el de la detonación de la «25» que estaba caída en el suelo junto a la mano del muerto.

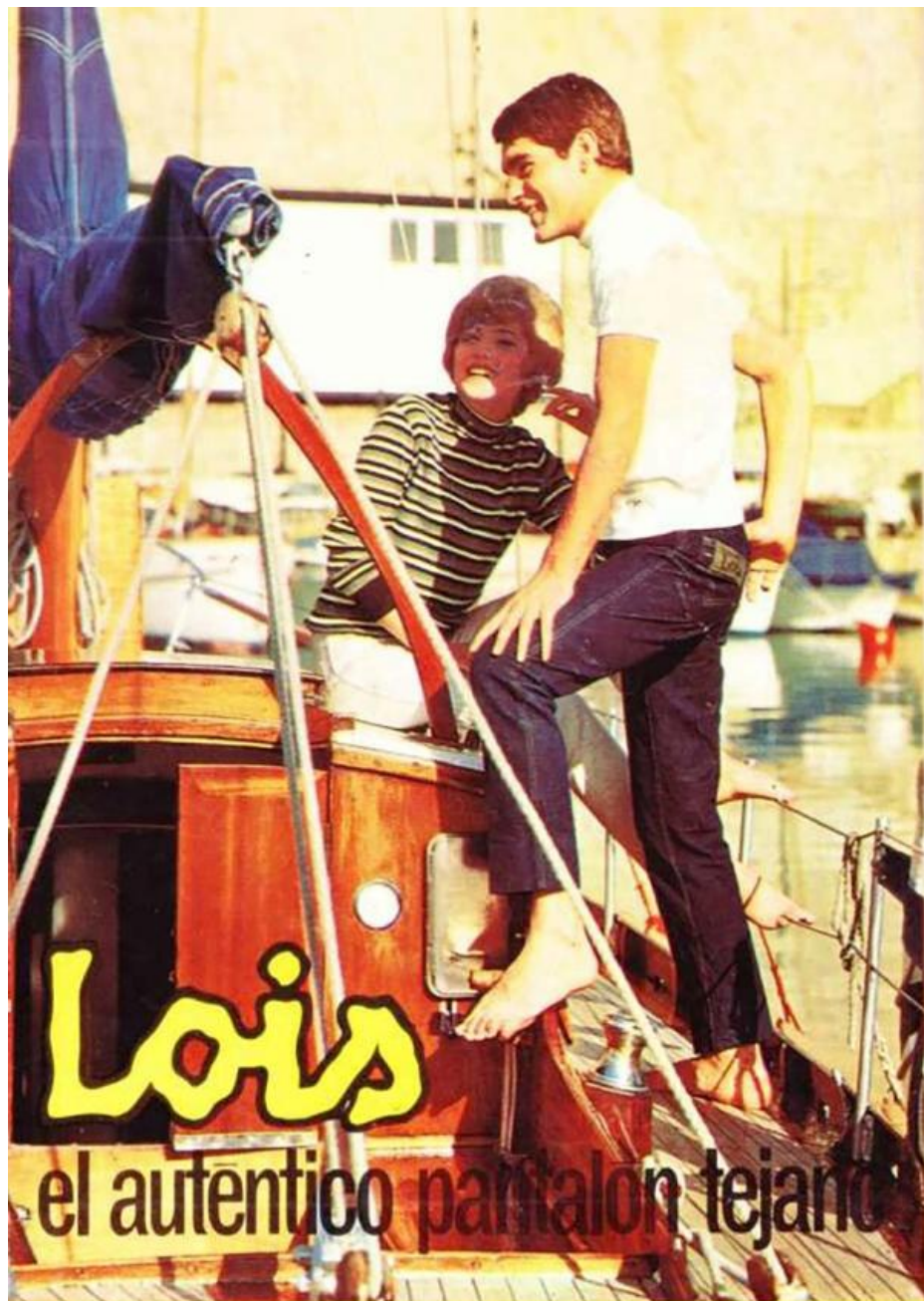
Elmer se aproximó a pasos menudos hasta la mesa, sintiendo que algo comenzaba a descomponerse en su interior. Sobre la pulida superficie de cristal del mueble había varios papeles. Cogió el de encima.

«Elmer —leyó—: Aquí tiene material bastante para la segunda edición extraordinaria. Cuéntelo todo como ha sucedido, pero recuerde que los hombres cometemos muchas equivocaciones y que a veces el pago resulta demasiado duro. No me quejo, pero así es. Gracias, Elmer.»

Y luego seguía la historia, pero Elmer no la leyó en aquel momento, miraba al que hasta entonces fuera su jefe y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—O.K., míster Harrison —dijo— O.K.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.